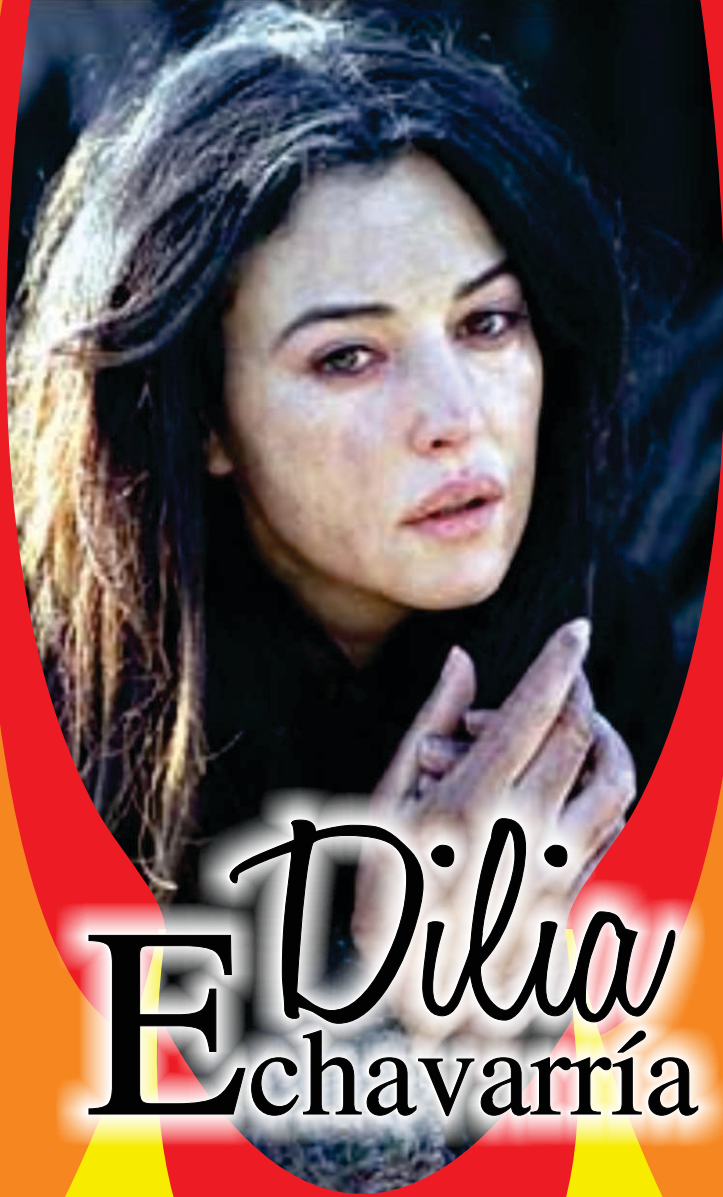




Edilia
Echavarría

NOT ELLAMARÁN MÁS ...

ABANDONADA

Dilia
Echavarría

No te llamarán más ...
Abandonada

NO LOS SANARON NI HIERBAS

SINO TU PALABRA, SEÑOR

**“Y DE HECHO NO LOS SANARON NI
HIERBAS, NI CATAPLASMAS, SINO TU
PALABRA, SEÑOR, QUE TODO LO SANA”**

Sabiduría 16: 12

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total, ni parcialmente, sin previo
permiso escrito por la autora.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

NO TE LLAMARÁ MÁS ... ABANDONADA

Autora:

Dilia Echavarría Piedrahita

Diseño y diagramación:

Marcela Jaramillo Monsalve

Web master:

Juan Diego Gil Hernández

Fotografías:

Master file Google

Jesús de Nazaret / Franco Zeffirelli

Primera edición:

Junio 2006

Web site y edición digital:

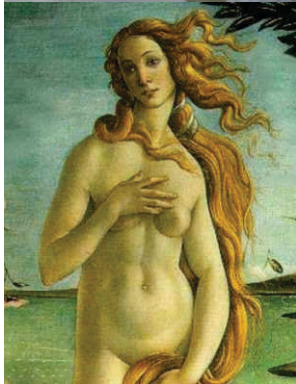
Mayo 2014

ÍNDICE

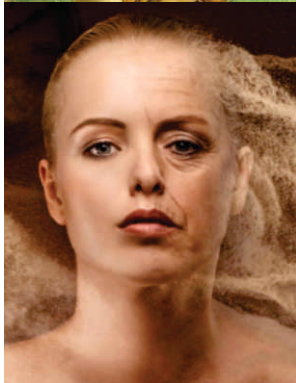
Página 6
Prólogo



Página 8
Introducción



CAP 1
Página 11
Mujer Estéril



CAP 2
Página 18
Mujer
Maltratada



CAP 3
Página 35
Mujer Viuda



CAP 4
Página 42
Mujer
Abandonada



CAP 5

Página 49

Mujer Adultera



CAP 6

Página 55

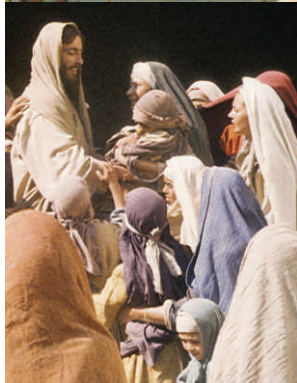
Mujer llamada
MARÍA



CAP 7

Página 66

Mujeres al
rededor de
Jesucristo



Página 71

Dedicatoria



Página 72

Agradecimientos



Página 74

La escritora

Índice

ÍNDICE

Prólogo



Dilia Echavarría, en esta etapa de su vida y como buscadora de la verdad, es un modelo de espiritualidad descarnada y trascendente. Una mujer de talla que se va desprendiendo de apetitos, gustos y afectos sensitivos que oscurecen la razón y afectan el pensamiento, y, donde una vez vacía de todas éstas aficiones materiales, llena su espíritu de amor y sabiduría para entregarlo a los demás. Es la guía fraterna que dedicando con amor sus jornadas evangelizadoras, paliando los sufrimientos físicos y espirituales con absoluta dedicación y confiada en la fuerza de la plegaria, sólo porque su fuerza es Cristo Redentor, contribuye en ella a la formación del Reino de los cielos, llevando almas a Cristo, en el mismo momento en que paliando esos mismos sufrimientos físicos y espirituales, pacifica las almas.

PRÓLOGO

Esta obra documenta que también la mujer es un elemento itinerante del cielo y júbilo, que como alma salvada es la señal para un futuro pleno.

La iglesia de las almas, la iglesia Carismática, está viva y operante y todos necesitamos de ella. Por eso, apelando la obra misionera de la autora, le auguro de todo corazón que éstas medicinas evangelizadoras se difundan para todos aquellos enfermos que la necesitan, para que contribuya a su salvación.

El espíritu prudente con que la autora anima esta obra, le da profunda claridad, con el deseo de ayudar a tantas mujeres que sufren, tomando la actitud de médico espiritual y moral de las almas. Sabedora de ésta verdad, quiere mostrar las manifestaciones ambiguas en las que se ve abocada la mujer de hoy y del mañana; buscando mitigar los sufrimientos de su diario vivir, quiere reconducir sus alma a Cristo y que no olviden el mensaje de Jesús y su obra de salvación.

En este libro encontramos un campo minado de hechos que vivimos permanentemente en la trágica historia de un país, en donde en el camino de mi vida he visto levantarse en cada encrucijada la silueta negra y pertinaz del sufrimiento en un mundo saturado de violencia. Es el pan que nunca falta en la mesa humana.

También he podido comprobar, por el trato con la gente, que la Fe es el lenitivo más eficaz para amortiguar o eliminar el dolor, siempre y cuando sea llama viva en el corazón, pero, por desgracia, no siempre es así, al contrario, en la mayoría de las personas la Fe es una llama tan pálida y triste que no ofrece ninguna eficacia para transformar el sufrimiento, como lo expresa Dilia en este libro. Incluso, muchos dejamos que se extinga esta llama por completo.

Por eso, del sufrimiento en la mujer a la paz, dedica siete capítulos para los que no tienen Fe, o la tienen débil, concluyendo en el séptimo capítulo con la demostración de la Fe fuerte y fecunda que mantuvo firme a María Nuestra Madre.

La autora me ha enviado esta obra por medio de una persona a quien quiero muchísimo, confiándomela como un niño, ese niño que está representado en lo que tanto ella ama, y lo adopto con el único sentimiento de no tener la honra de ser su padre.

Cabe anotar que no es necesario juzgar las cosas según nuestro gusto, sino según el gusto de Dios. Esta es la Gran Palabra y su aprobación asegura la ayuda de Dios en el éxito de esta obra.



Introducción

INTRODUCCIÓN

Introducción

La mujer ha tenido un papel de vital importancia en el plan salvador de Nuestro Padre Dios. Desde el principio, cuando por el pecado de nuestros primeros padres se dañó el orden de la creación, Dios anunció que dicho orden se restablecería a través de una mujer, por eso la Biblia declara:

**“Haré que haya enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya, ésta te pisará la cabeza mientras tú te abalanzarás sobre su talón”
(Génesis 3,15)**

Dios constituyó al hombre como cabeza de la creación y a la mujer como su ayuda idónea. Cuando surgió el pecado, éste dañó todo el orden establecido por Dios y consecuencia de ese pecado fue la rivalidad que se originó entre el hombre y la mujer. La armonía, la paz del paraíso se perdió y las relaciones interpersonales entre nuestros primeros padres se deterioraron notablemente. Los responsables del crecimiento de la humanidad ya no tenían los dones especiales con los cuales Dios los había dotado para que poblaran el universo que con tanto amor había preparado para ellos y su descendencia.

En esta lucha, la mujer salió demasiado afectada, unas veces por revelarse y querer usurpar el lugar del hombre, constituyéndose como cabeza, otras, por asumir una actitud demasiado sumisa y ceder a derechos que, por justicia de Dios, ella tenía.

En nuestros días su lucha como mujer la ha llevado a asumir roles que la han afectado enormemente, a tal punto que, si bien es cierto que se le han reconocido algunos de sus derechos, también lo es que ha perdido muchos de los valores con los cuales Dios la adornó, cuando la constituyó como ese complemento del hombre para Dios seguir con su plan de la creación. En su afán por sobresalir y quizás zafarse de los yugos con los que se ha sentido oprimida, muchas

veces ha dejado a un lado su sentido de la moral, el pudor, la honestidad y la integridad que la distinguen como ese ser especial sin el cual la creación no hubiera alcanzado su perfección.

En efecto, el mundo no estaba completo y perfecto hasta que llegó la mujer. Dios mismo declaró:

“No es bueno que el hombre esté solo. Haré, pues, un ser semejante a él para que lo ayude”. (Génesis 2,18)

Producto de lo anterior, una vez formada la mujer, la palabra declara:

“Y así fue: Vio Dios que todo cuanto había hecho “era muy bueno”. (Génesis 1,31)

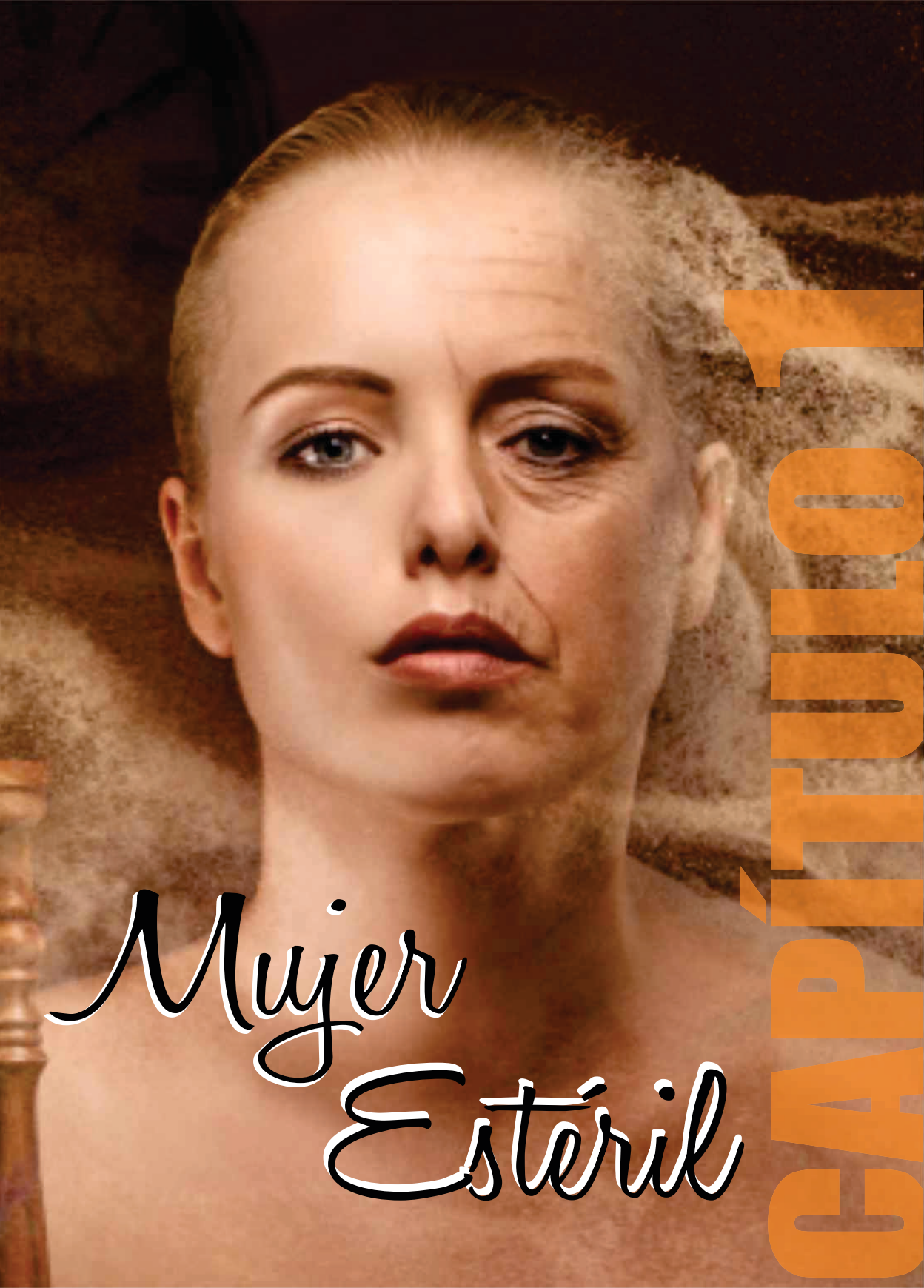
Porque la mujer es importante para Dios, porque el mundo no estaba completo y perfecto sin ella, porque fue el medio que utilizó Nuestro Padre Dios para traer al mundo al que iba a reconciliar otra vez todas las cosas con Él, es necesario que la mujer esté sana, en paz con Dios, con el hombre y consigo misma.

Son muchas las heridas que, en el alma de la mujer, han dejado cada una de las situaciones en las que se ha visto abocada a vivir y Dios en su plan de salvación tiene el remedio para sanar dichas heridas; de manera especial Él nos consuela a través de su Bendita Palabra que no es letra muerta sino que es:

“Viva y eficaz, más penetrante que espada de doble filo y penetra hasta la raíz del alma y del espíritu, sondeando los huesos y los tuétanos para probar los deseos y los pensamientos más íntimos.” (Hebreos 4,12)

Este libro está lleno de la Palabra de Dios y quiere llevar un mensaje de esperanza a todas las mujeres que, en una u otra de las áreas de su vida, tienen heridas en su alma. Esencialmente, contiene los mensajes de consuelo que Nuestro Padre Dios dio a las mujeres a través del Profeta Isaías y otros.

Sólo tenemos que tomar posesión de las promesas hechas por Dios a través de su Bendita Palabra y prepararnos para recibir toda la sanación que Él quiere darnos y desea que tengamos.

A close-up portrait of a woman with light-colored hair pulled back. She has a thin, light-colored mustache drawn on her upper lip. She is looking directly at the camera with a neutral expression. The background is a textured, warm-toned surface.

Mujer Estéril

Capítulo

Mujer Estéril

“Grita de júbilo, Oh tú, que estabas estéril y que no dabas a luz; grita de júbilo y alegría, tú que no esperabas. Pues van a ser mas los hijos de la abandonada que los de la casada, dice Yavéh”.
(Isaías 54,1.)

En los tiempos del Antiguo Testamento, ser estéril estaba considerado como un castigo de Dios; todas las mujeres que no podían tener hijos sostenían en su corazón el peso de una maldición, se sentían avergonzadas y despreciadas por el pueblo.

Las Sagradas Escrituras nos narran la triste situación de humillación y desprecio que sufrían las mujeres que no podían concebir una vida en su vientre:

“Hubo un hombre en Ramá, en la sierra de Efraín, que se llamaba Elcaná. Era hijo de Eliún, de la familia de Suf. Tenía dos mujeres: Una se llamaba Ana y la otra Penena. Penena tenia hijos, pero Ana no tenía”.

Ahora bien, su rival la molestaba continuamente por esto con el fin de hacerla enojarse. La otra la molestaba y ella se ponía a llorar y no quería comer”. (1ª. Samuel 1, 1-2.6-7)

Dios, que es soberano, ha tenido siempre su mano puesta sobre el vientre de la mujer estéril. Él, que es el Dios de la vida ¿creará seres que no puedan dar vida? ¿Acaso no somos creados a imagen y semejanza de Él? Si Él es el autor de la vida ¿creará seres inertes, incapacitados para dar vida?

¿Qué significa la palabra “Vida” en los labios de Dios? Dios es Omnipotente y no toma la vida en un solo sentido. Este término en su boca es demasiado grande y no abarca solamente la vida que puede originarse en el pequeño vientre de una mujer.

La vida tiene su origen en sus manos que lo abarcan todo, que lo llenan todo. En Él, la vida trasciende a las dimensiones de su Omnipotencia; pero cuando miramos este término con nuestro corto razonamiento, podemos caer en la frustración y la tristeza.

El mundo nos ha señalado unos parámetros de vida y las mujeres nos hemos encasillado en ellos y muchas hemos concluido que Dios, con nosotras se equivocó, que nos ha hecho anormales, pero no es así; lo que para nosotros es un error, ante el profundo conocimiento y propósito de Dios, todo es completamente normal:

“VIO DIOS QUE TODO CUANTO HABÍA HECHO ERA MUY BUENO”. (Génesis 1, 31)

De acuerdo con lo anterior, Dios siempre ha estado consolando a las mujeres estériles y también ellas han sido creadas con un buen propósito. Es hermoso ver las maravillas que Dios ha hecho a través de las mujeres estériles, desde la humillada, afligida y envejecida Saray, hasta la dulce Isabel, madre San Juan Bautista.

Es así como, de Saray vino el hijo de la promesa que daría origen al pueblo amado de Dios: Jacob, quien luego se convirtió en el amado Israel y que dio origen al pueblo por quien el Padre Celestial envió a su hijo Jesucristo al mundo, para redimirlo.

El hecho de que no tengamos hijos físicos, no quiere decir que hayamos sido creadas como esos árboles secos que no dan ningún fruto; en este sentido su Palabra Dios nos dice:

“Ni tampoco afirme el castrado: “Yo no soy mas que un árbol seco”: Pues e s t o afirma Yavéh: A los castrados que observan mis sábados, que hacen lo que me gusta y que no faltan a su compromiso conmigo, les daré dentro de los muros de mi casa un monumento de piedra y un nombre que vale mas que hijos e hijas, una fama que nunca se acabará ni se olvidará”. (Isaías 56, 3b-5)

* De pequeña siempre me gustó muchísimo jugar a ser mamá. Recuerdo que cuidaba en forma exagerada las muñecas que me traía el Niño Jesús; Les cosía vestidos, en las noches las dejaba acostaditas en su cama y les elaboraba toldos para que no las pican los zancudos; me prefiguré ser una madre desde que era niña, me imaginaba cómo sería cuando estuviera casada, con un esposo y muchos hijos.

Aunque estos sueños no llegaron a realizarse y no me casé ni tuve un esposo, llegué a experimentar la frustración de las mujeres estériles. No podía concebir en mi mente la posibilidad de que mi vientre no diera origen a otra vida. Sentía una gran tristeza y frustración al ver que pasaban los años y aún no había tenido hijos. Llegué a sentir la vergüenza de Ana ante su esclava Penena y la tristeza y abatimiento de Raquel; tenía 35 años y me avergonzaba muchísimo porque no tenía hijos y mi vergüenza era tal, que empecé a negar mis años para que no supieran que, a esa edad, no había tenido hijos. Era muy importante para mi tener mis hijos; amo muchísimo a los niños y anhelé tener los míos. Siempre he pensado que hubiera sido una excelente madre, quizás tan buena como lo fue la mía; pero esos hijos nunca llegaron y mi vientre simplemente..... se quedó estéril.

Caí entonces en una gran depresión, me invadieron grandes complejos de inferioridad, me llené de tristeza y simplemente no quería vivir en esa circunstancia. Mi situación empeoró con la muerte de mi madre pues todo lo empecé a ver oscuro a mí alrededor, sin esperanza, sin alegría. Había quedado completamente sola y cuando me despertaba en las mañanas comenzaba a llorar porque había amanecido viva.

En medio de tanta tristeza, de tanta soledad y tanto vacío, apareció una luz. A la muerte de mi madre una amiga suya del grupo de oración me habló de la Renovación Católica Carismática, empecé a buscarlos y los encontré, y con ellos hallé al que iría a erradicar de mi vida la soledad, la oscuridad y la tristeza:

¡ AL SEÑOR JESUCRISTO !

Empecé entonces un proceso de conocimiento y de acercamiento a un Dios que, aunque desde niña mi madre me había hablado mucho de Él, nunca sentí como un Dios cercano, amigo del hombre, sino como un Ser muy, pero muy lejano y a quien le tenía una buena dosis de miedo. Empecé a sentirlo cada día más cercano, más amigable y empezó en mí su trabajo. Él me ha consolado y me sigue consolando en mi estado de vida y de ese consuelo que he recibido, es que quiero compartir con todas las mujeres que se sienten oprimidas en cada uno de sus estados de vida. Esto es lo que Él nos ordena en su Bendita Palabra:

“¡Bendito sea Dios, Padre de Cristo Jesús nuestro Señor, el Padre siempre misericordioso, el Dios del que viene todo consuelo, el que nos conforta en todas nuestras pruebas por las que ahora pasamos, de manera que nosotros también podamos confortar a los que están en cualquier prueba, comunicándoles el mismo consuelo que nos comunica Dios a nosotros!”

(2ª. Corintios 1, 3 - 4)

Mujer estéril: No te sientas afligida. La mano del Dios Todopoderoso está sobre ti, tú eres la obra de sus manos, el Dios de la vida fue quien te formó. Basta con poner nuestra situación en las poderosas manos de Dios, obedecerle a nuestro Padre y toda la realidad de nuestra vida será transformada. De los vientres estériles Dios sacó la vida de los grandes Patriarcas de su Pueblo y hoy puede hacer lo mismo contigo. Él tiene el poder suficiente para, o hacer fértil tu vientre, o capacitarte para desarrollar una maternidad espiritual. El mundo está lleno de jóvenes, hombres y mujeres, que necesitan renacer a la vida y tú puedes ser el medio elegido por Dios para traerlos al reino de la luz, Cristo Jesús, y cuando esto suceda, se hará realidad en ti la promesa hecha por Dios:

“Grita de júbilo, OH tú, que estabas estéril y que no dabas a luz; grita de júbilo y alegría, tú que no esperabas. Pues van a ser mas los hijos de la abandonada que los de la casada, dice Yavéh.

Ensancha el espacio de tu tienda, sin demora despliega tus toldos, alarga tus cuerdas y refuerza tus estacas; porque te extenderás a derecha e izquierda.

Tu descendencia conquistará las naciones y poblará las ciudades desiertas” (Isaías 54, 1-3)

En el servicio que, por misericordia, presto al Señor, he experimentado esta promesa. En mi corazón Dios ha puesto un sentimiento de amor especial por los jóvenes que comparten conmigo en mi comunidad y también con los que llegan a pedir un consejo. Es un sentimiento de amor que llena todos los vacíos que en este aspecto tenía en mi corazón. Sufro y lloro por ellos, estoy pendiente de su restauración y me angustio cuando en su lucha por dejar su vida de tinieblas y oscuridad les toca enfrentar algún peligro. Ellos, estos jóvenes que no salieron de mis entrañas, me han dado vida y son los que me motivan e impulsan para querer vivir. Antes, cuando no tenía a Cristo en mi corazón, no sentía ningún deseo de vivir, ahora, con más años de vida, continuamente le pido al Señor que no venga por mí todavía, que quiero dar más pasos en la tierra. Estos hijos espirituales me tienen amarrada y enamorada de este mundo que un día desprecié.

Cuando veo la restauración que de ellos hace el Señor Jesús, cuando miro los milagros del Dios Omnipotente en sus vidas, rescatándolos de caminos de muerte y tinieblas, crece en mi corazón el amor y el agradecimiento para mi Dios. Estos hijos espirituales me llevan continuamente a entrar en la presencia del señor con lágrimas en mis ojos a pedirle a mi Padre querido que los proteja, a darle gracias por lo que hace en sus vidas, a pedirle favores para ellos.

Tengo que agradecerles, incluso, que por ellos he aprendido a amar más a Dios en su hijo Jesucristo por el Espíritu Santo y que cada día debo esforzarme a tener una mayor comunión con Dios para poderlos orientar a ellos por caminos de rectitud y de justicia.

Para Dios, la vida no se limita a engendrar un ser en nuestro vientre. Cristo mismo a través de su muerte en la cruz nos ha hecho hijos de Dios:

“Desde la eternidad determinó en el amor que fuéramos sus hijos adoptivos por medio de Cristo Jesús. Eso es lo que quiso y más le gustó para que se alabe su Gloria por esa gracia suya que nos manifiesta en el Bien Amado”. (Efesios 1, 5-6)

Y es esta misma clase de maternidad la que tenemos en la Virgen María:

“Entonces, el monstruo se enfureció contra la mujer y se fue a hacer guerra a sus demás hijos, es decir, a los que guardan los mandatos de Dios y tienen el mensaje de Jesús”. (Apocalipsis 12, 17)

Vida no es solamente lo que se refiere a la carne; la verdadera vida, la que trasciende, es la que da el Espíritu y en el Espíritu. Como instrumentos de Dios, podemos ser madres de muchas naciones, dar a luz a tanta gente que anda muerta espiritualmente y con nuestra maternidad espiritual, incorporarlos a la familia de Dios y estos hijos llenarte de felicidad y con alegría sentirás la emoción de la mujer estéril que nos muestra Dios a través del profeta Isaías:

De nuevo te dirán al oído tus hijos, que nunca pensabas recuperar: “Este sitio se ha hecho chico para mí, dame otro donde pueda levantar mi casa”. Tú te preguntarás en tu corazón: “¿Quién me habrá dado a luz a toda esta gente? Pues yo estaba sin hijos y no los podía tener. ¿Quién me los habrá criado? Porque yo había quedado sola. Y éstos ¿De dónde vienen ahora?”.

El señor Yavéh te responde de esta manera:

Hago señas con la mano a las naciones y levanto mi bandera para que la vean los pueblos. Te traerán a tus hijos en brazos y a tus hijas sobre los hombros”. (Isaías 49, 20-22)

Mí Padre Dios me ha regalado una casita muy linda, pero es pequeña y en algunas ocasiones vienen varios de mis niños a pasar la noche conmigo; yo me veo

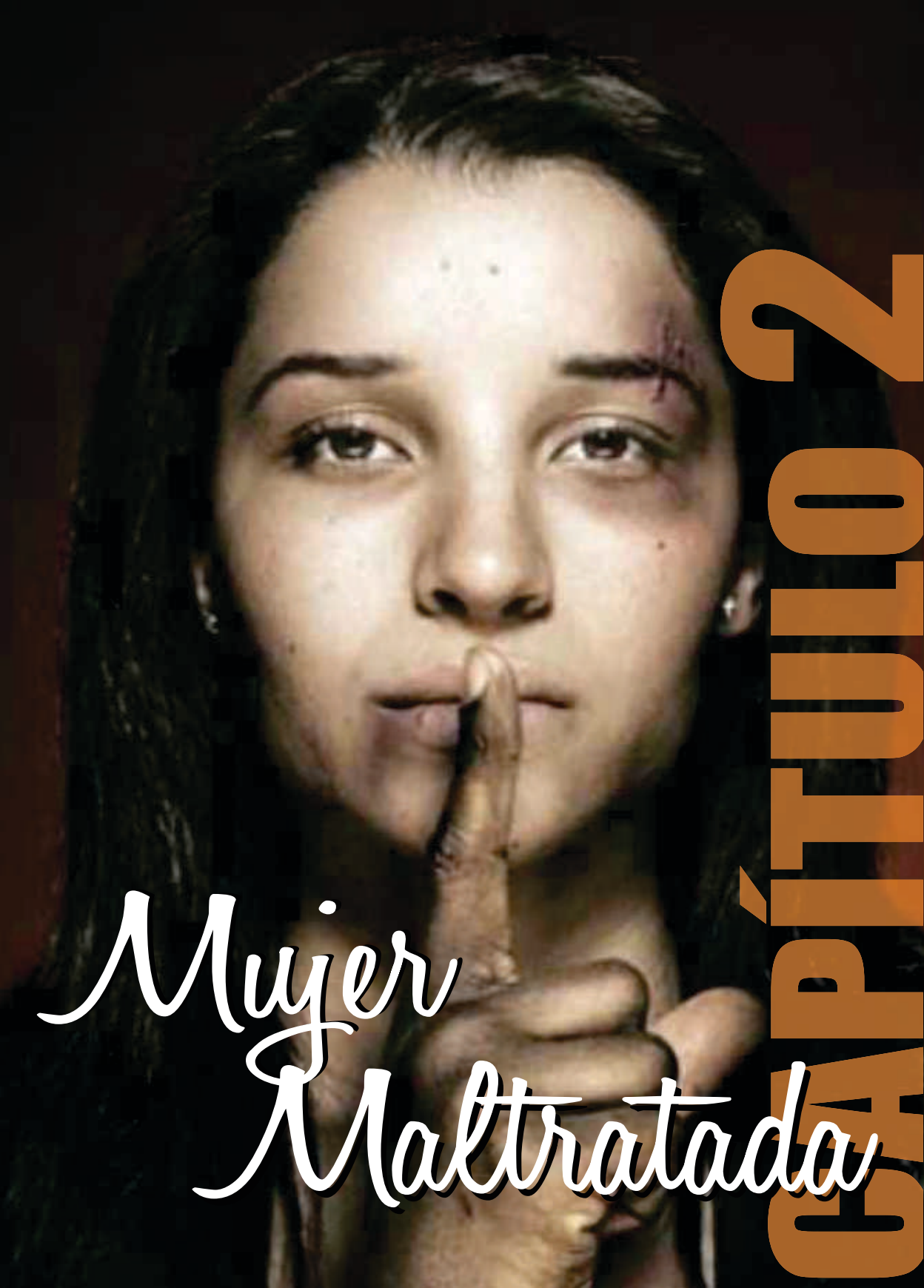
entonces sin un espacio dónde acomodarlos bien a todos, al punto de tener que hacer tendidos en el piso y acostarme con ellos ahí. Me recuerdan de inmediato lo que me anuncia este pasaje, pues ya tengo hasta nietos y le he dicho al Señor que me va a tener que dar una casita más grande para acomodar bien a mis hijos.

En una ocasión en la que me encontraba muy triste, a pesar de andar ya en los caminos del Evangelio, le pedí al Señor que me diera una promesa en la cual yo, definitivamente, sustentara mi vida. Me fui para que oraran por mí; luego de la oración la servidora abrió la Biblia y empezó a leer un hermoso pasaje. Yo empecé a llorar. Cuando terminó le pedí la cita: Isaías 49, 8-26. Ésta es mi promesa por excelencia, mi Padre Celestial ese día habló a lo profundo de mi corazón y visitó el sitio de mi dolor, el lugar arruinado y devastado de mí ser. Es mi promesa porque se la pedí al Señor y fue Él quien me la dio. En ella tengo mi esperanza, esta palabra es el sol que alumbra mi vida cuando de pronto quiere aparecer la mujer vieja y frustrada que fui un día porque no tenía hijos. Si en este momento el Maestro viniera por mí podría declarar que no me defraudó porque ya hizo realidad en mí esta su bendita promesa:

**“Asegura a la estéril en su casa como madre jubilosa de sus hijos.”
(Salmo 113, 9)**

Hemos salido de las manos del Dios de la vida y estamos capacitadas para dar vida. Dios nos ha hecho, esencialmente, para que seamos alabanza de su gloria, siendo canales a través de los cuales Él pueda continuar con su obra creadora en el universo.

¡Gloria a Dios que no solo pone su mano dadora de vida en nuestro vientre carnal, sino que nos capacita para que comuniquemos y demos vida en el Espíritu!



Mujer Maltratada

2
0
1
0
P
I
T
U
L
O

Mujer Maltratada

“¡Pobrecilla, azotada por la tempestad y sin consuelo! Yo asentaré tus muros sobre piedras preciosas, y serán tus cimientos de zafiro”. (Isaías 54,11.)

“Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra estaba desierta y sin nada, y las tinieblas cubrían los abismos mientras el Espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas”. (Génesis 1, 1-2).

Cuando abrimos las páginas de las Sagradas Escrituras, lo primero que vemos es la gran manifestación del amor que Dios nos ha mostrado a través de todos los tiempos. De Él, tenemos conocimiento cuando empezamos a escudriñar los Escritos Sagrados y vemos cuánto ha hecho para demostrarnos su amor. Lo primero fue ponerle un orden al universo, embellecerlo para que el hombre y la mujer fueran colocados en un lugar hermoso. Por eso, hasta cuando no creó la luz; el cielo con sus lumbreras para que diferenciara el día y la noche; la tierra con toda clase de animales, árboles y hierbas; los mares con toda clase de peces; las aves de toda especie que alegraran a los moradores con dulces cantos y perfeccionó en todos los aspectos su obra, no formaron a quienes iban a disfrutar de ese hermoso universo.

Una vez embellecido el lugar, paraíso, donde iba a estar su obra magna, Dios creó al hombre y la mujer:

Dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Que mande a los peces del mar y a las aves del cielo, a las bestias, a las fieras salvajes y a los reptiles que se arrastran por el suelo”.

Y creó Dios al hombre a su imagen. A imagen de Dios los creó. Macho y hembra los creó. Dios los bendijo diciéndoles: “Sean fecundos y multiplíquense. Llenen la tierra y sométanla. Manden a los peces del mar, a las aves del cielo y a cuanto animal viva en la tierra”. (Génesis 1, 26-28).

“Entonces, Yavéh formó al hombre con polvo de la tierra, y sopló en sus narices aliento de vida, y existió el hombre con aliento de vida. Luego Yavéh plantó un jardín en un lugar del oriente llamado Edén; allí colocó al hombre que había formado. Yavéh hizo brotar del suelo toda clase de árboles agradables a la vista y buenos para comer. Y puso en medio el árbol de la Vida y el árbol de la Ciencia del bien y del mal”.

“El hombre puso nombre a todos los animales, a las aves del cielo y a las fieras salvajes. Pero no se encontró en ellos un ser semejante a él para que lo ayudara. Entonces Yavéh hizo caer en un profundo sueño al hombre y éste se durmió. Y le sacó una de sus costillas, tapando el hueco con carne. De la costilla que Yavéh había sacado al hombre, formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces el hombre exclamó: “Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada varona porque del varón ha sido tomada. Por eso el hombre deja a sus padres para unirse a una mujer, y son los dos una sola carne.” (Génesis 2, 7-9.20-24).

Ese Dios Grande, Todopoderoso, conocedor de todo cuanto existe, da en herencia y deja bajo gobierno del hombre, todo su universo. Demuestra con esto que el motivo que lo impulsó a crear tantas maravillas, tantas grandezas, fue el hombre. Dios es Eterno, manifestó su presencia aún en medio del desorden del que nos hablan los Libros Sagrados, El no tiene principio ni fin; Él, que es desde siempre, pudo haberse quedado viviendo en esa situación, manifestando su vida en el aletear de su Santo Espíritu. Pero no; pensó en nosotros, en el hombre y la mujer y transformó todo aquel panorama para que tuviéramos la oportunidad de probar y saborear un poco de lo que es su inmensa belleza, pues las obras reflejan la belleza de nuestro Dios Creador.

Dios los bendijo. Yavéh, el Dios misericordioso, el Padre de todo consuelo, bendice al hombre y a la mujer para que conserven, aún en su relación de pareja, la armonía que Él había impartido a su creación. Les entregó todo su amor, empezó una relación de comunión con ellos y los dotó de unos dones muy especiales:

INMORTALIDAD: El hombre y la mujer fueron hechos para no morir, también en este sentido tenían la semejanza de Dios. Por eso cuando les entregó el paraíso les recomendó: “Puedes comer de cualquier árbol que haya en el jardín, menos del árbol de la ciencia del bien y del mal; porque el día que comas de él, MORIRÁS SIN REMEDIO.” (Génesis 2, 16-17)

CIENCIA INFUSA: Capacidad que tenían nuestros primeros padres del conocimiento y la sabiduría de Dios. Haciendo uso de este don fue que el hombre le puso nombre a todos los animales: “El hombre puso nombre a todos los animales, a las aves del cielo, y a las fieras salvajes.” (Génesis 2, 20ª)

INTEGRIDAD: Ausencia de malicia y de pecado en el corazón de nuestros primeros padres: “Los dos estaban desnudos, hombre y mujer, pero no por eso se avergonzaban” (Génesis 2,25).

El pecado trajo como consecuencia la pérdida de todos estos dones; el orden de la creación se rompió y la tierra cayó bajo maldición y con esta maldición el deterioro de las relaciones hombre-mujer.

Al hombre dijo Dios: “Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol que yo te había prohibido comer: Maldita sea la tierra por tu culpa. Con fatiga sacarás de ella tu alimento por todos los días de tu vida. Espinas y cardos te dará, y comerás la hierba del campo”. (Génesis 3, 17-18).

Fruto de este deterioro son las circunstancias que viven actualmente la mayoría de las parejas, donde el hombre y la mujer llegan a agredirse físicamente causando con esto graves daños a la unidad familiar y generando profundas heridas en el alma de sus hijos. El mundo está lleno de mujeres maltratadas física y psicológicamente.

MARÍA ERA EL NOMBRE DE MI MADRE. De adolescente ella quiso ser religiosa, pero como era fruto de una relación de padres no casados por la iglesia, no la aceptaron en el convento; de todas formas, ella siempre conservó en su corazón el deseo de estar en mucha comunión con Dios. Fue abandonada por sus padres cuando contaba con unos pocos meses de vida y una pariente suya la recogió y la cuidó, pero esto no influyó para que fuera una muy buena mamá. Era una madre abnegada, protectora de sus hijos, hacendosa, desprendida de las cosas materiales, dueña de una gran humildad, mansedumbre, tolerancia y de intensa oración. Vivíamos en el campo y muy pocas veces teníamos la oportunidad de ir a la Eucaristía, pero ella nos enseñaba a rezar todas las oraciones que se sabía, y se afianzaba principalmente en el rezo del Santo Rosario. Recuerdo que la cocina de nuestra casa era grande, tenía un fogón construido sobre tierra y nos sentaba a todos sus hijos a un ladito del lugar donde ella molía el maíz para hacer las arepas, y mientras molía nos iba enseñando las oraciones del Ángel de la Guarda, el Padrenuestro, la Salve y otras. De ella aprendí el amor y la devoción al Espíritu Santo; me habló de Él y desde muy pequeña conocí de sus milagros y prodigios, principalmente a la hora del estudio. Ella me enseñó la jaculatoria: “Espíritu Santo ilumíname y santifícame”, la cual debía repetir a la hora de hacer mis tareas y aprender las lecciones de la escuela; y me iba muy bien.

Cuando leo el capítulo 31 del libro de los Proverbios, que habla de la mujer perfecta, siempre digo que mi madre le llevó la delantera a esta gran mujer de las Escrituras, porque mi madre hacía todo lo que de ella se dice, y adicionalmente, pedía limosna para alimentar a sus once hijos, porque éramos demasiado pobres. Agotaba todos los recursos para evitar que nos acostáramos sin comer algo. Ella era sencillamente: ¡Excelente! Y sé con toda seguridad que ella va a estar en la multitud de los Santos con palmas en sus manos adorando a mi Cristo Jesús cuando llegue el final de los tiempos.

Mi padre, a diferencia de mi madre, era un hombre de carácter muy fuerte, tosco, de mal genio y renegado; así como mi madre se inclinaba a la oración y comunión con Dios y procuraba llevar una vida de rectitud y justicia, sin embargo, mi padre era atraído por el ocultismo y llegó a practicar ritos de magia negra, con lo cual atormentaba a mi madre y creó también cadenas de ruina espiritual en sus hijos.

Maltrataba a mi madre con palabras y de machete en mano le gustaba amenazarla con cortarle la cabeza. Esto me producía un gran temor hacia mi padre, nunca llegué a odiarlo ni guardarle resentimiento, pero si le tenía muchísimo miedo. Veía a mi madre llorar mucho cuando él la insultaba y amenazaba con matarla, en las noches no lograba conciliar el sueño cuando ellos habían tenido disgustos durante el día, pues pensaba que en la noche de pronto mi padre la mataba mientras dormía.

En mi mente tengo grabados momentos de mucho sufrimiento que tuvo mi madre, puedo afirmar con toda seguridad que conozco lo que es ser una mujer maltratada. Mi madre lo fue en todos los sentidos, las dificultades con mi padre la llevaron a tener grandes padecimientos, humillaciones y derramamiento de muchas lágrimas, pues adicional a sus prácticas de ocultismo, también mi madre tenía que soportar y aguantar la infidelidad de él. Los malos tratos eran continuos, los diálogos entre ellos se rompían y el ambiente era demasiado tenso. Mi madre sumida en la tristeza, mi padre agresivo y malgeniado y los hijos, alrededor, consumiéndose en el temor y el miedo.

Eran días de mucha angustia; a veces mi madre salía al campo y lo veía con otras mujeres, situación que la atormentaba y hacia sufrir mucho. Ella padecía en silencio, casi nunca le reclamaba nada. Mi madre no fumaba pero cuando estaba triste y peleaba con mi padre, la veía encender un cigarrillo y empezaba a fumar, pero solo uno, era como una forma de calmar un poco su angustia. En muchas ocasiones se le pudo haber aplicado la profecía:

**“Fue maltratado y Él se humilló y no dijo nada”.
(Isaías, 53,7)**

Acostumbraba refugiarse silenciosamente en la oración y buscaba su comunión con Dios a través del rezo del Santo Rosario y de sus lágrimas, manifestación de la oración líquida; era todo lo que tenía para contrarrestar la situación de tinieblas en la que vivía mi padre, pero le fue suficiente. Por eso creo tanto en la poderosa y efectiva ayuda que nos brinda la Santísima Virgen; vi manifestaciones extraordinarias de Dios cuando en las noches mi madre decía la jaculatoria:

“Ave María Purísima, sin pecado concebida”.

Tenía que repetirla muchas veces por las prácticas de brujería de mi papá. La Virgen era una gran aliada de mi madre en medio de aquella situación de maltrato que vivía; por eso la mujer, cualquiera que sea su situación de vida, debe tener entre sus amigas a la Santísima Virgen. Ella no va a usurpar el puesto de su hijo, desde el principio así lo declaró:

“Su madre dijo a los sirvientes: Hagan todo lo que Él les mande”. (San Juan 2,5.)

En nuestros tiempos, son muchas las formas de maltrato a las que se ven enfrentadas las mujeres. Meditemos en las más comunes:

A. PROSTITUCIÓN:

El diccionario Bíblico define la prostitución como: Entrega del cuerpo para fines eróticos o por una remuneración o dádiva. Se distingue de la fornicación por su carácter comercializado.

Las Sagradas Escrituras las mencionan a lo largo de todos sus relatos:



“Pero tú, confiada en tu belleza, y valiéndote de tu fama, te prostituiste entregándote a cuantos pasaban”. (Ezequiel 16, 15).

“Vete y cástate con una de esas mujeres que se entregan a la prostitución sagrada y ten hijos de esa prostituta. Porque el país sé esta prostituyendo al apartarse de Yavéh.” (Oseas 1, 2)

Algunos han definido a la prostitución como el “oficio más antiguo” de la humanidad. Oficio no, porque Dios no ha querido que ganemos el pan con actos de maldad; y antiguo, tanto como lo es el pecado. Se da ya sea por necesidad material o porque la misma herencia del pecado ha influido para que este estado de vida se desarrollara en ellas. Esta situación crea grandes vacíos, y heridas profundas en el alma. Ninguna mujer es feliz en la práctica de la prostitución por mucho dinero que gane. Otros lo han definido como: “Vida fácil”. De ninguna manera.

Al verlas paradas en los lugares comunes a la espera de un comprador de su cuerpo, la fatiga y el cansancio de la realización de su trabajo, los vejámenes a los que son sometidas por sus clientes, la tristeza y amargura que reflejan en sus rostros, la desesperación por no lograr conseguir el dinero que necesitan para el sustento de sus familias, muestran el profundo deterioro de sus valores y la terrible soledad que enmarca sus vidas.

Pero de estas mujeres tampoco se olvidó nuestro Padre Dios. Para Él todos somos importantes y útiles, no importa nuestra condición, no importa nuestro pecado, basta con que tengamos fe.

Las Sagradas Escrituras nos cuentan la historia de una mujer prostituta a la que Dios le designó una misión muy importante en favor del pueblo de Israel. Se trataba de proteger a los hombres enviados por Moisés para que inspeccionaran la tierra prometida:



“Los exploradores fueron y tan pronto llegaron a Jericó, se hospedaron en casa de una prostituta llamada Rahab. La mujer los había escondido en la techumbre de la casa, tapándolos con paquetes de lino que allí guardaba.

La mujer subió entonces a donde tenía escondidos a los exploradores de Josué y les dijo: “Sé que Yavéh, el Dios de ustedes, les ha entregado este país; estamos asustados y los habitantes y el país tiemblan ante ustedes. Pues hemos sabido que Yavéh secó las aguas del mar rojo para que pudieran pasar al salir de Egipto. Sabemos como trataron a los dos reyes amorreos que vivían al otro lado del Jordán.

Estas noticias nos han asustado, y todos se quedan sin ánimo ante ustedes porque Yavéh es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra.

Por tanto, júrenme por Yavéh que así como yo he sido leal con ustedes, también ustedes lo serán con mi familia y respetarán la vida de mi padre, de mi madre, de mis hermanos y hermanas, con todo lo que les pertenece.

Los hombres respondieron: “Siempre que ustedes no descubran nuestro propósito, te devolveremos vida por vida cuando Yavéh nos entregue este país, y actuaremos contigo con generosidad y con lealtad. Mira en que forma cumpliremos nuestro juramento: Cuando entremos en este país, tú colgarás esta cinta roja como señal en la ventana por donde hemos huido. Reúne en tu casa a tu padre, a tu madre, hermanos y a todos tus parientes. Si alguno de ellos sale de la casa, él será el único responsable de su muerte y no podrá culpársenos a nosotros.

Rahab les dijo: “Así sea”. Y luego que se despidió de ellos colgó en la ventana la cinta roja. (Josué 2, 1-21).

Esta hermosa historia nos muestra la figura paternal y misericordiosa de nuestro Padre Dios. Desde el principio, cuando inició la liberación del Pueblo de Israel, Yavéh utilizó al hombre. Él puede hacerlo todo solo, pero ha querido hacer partícipe al hombre de la restauración de todas las cosas con ÉL.

En este caso, Dios toma a una mujer pecadora para que a través de su acción se reconcilie y reconcilie a toda su familia con Dios. Ella imploró que la vida de todos y cada uno de los miembros de su familia fuera respetada y librados de la muerte. Ella reconoció a Yavéh como el único Dios en los cielos y en la tierra y esto la hizo merecedora a la salvación suya y la de su familia.

Los exploradores le pidieron a la mujer que, por la ventana por donde ellos habían escapado, colocara **UNA CINTA ROJA**. Aparecía aquí la figura de la Sangre Preciosa de Cristo Jesús que nos purificaría de los pecados y nos reconciliaría con Nuestro Padre Celestial.

“Pues en Cristo, la sangre que derramó paga nuestra libertad y nos merece el perdón de los pecados” (Efesios 1, 7)

Jesucristo es la ventana por donde podemos escapar a una vida nueva, nos permite divisar una nueva luz, nos libera de la esclavitud del pecado y nos da la oportunidad de llegar a una tierra donde mana el amor y la vida verdadera, la vida que nos ofrece Cristo Jesús. Todos los que estén al amparo de la Sangre de Cristo, serán salvos.

Jericó fue destruida en su totalidad, pero Rahab con toda su familia fue librada de la muerte:

“Josué perdonó la vida de la prostituta y la de su familia, y ella permaneció en Israel”. (Josué, 6,25)

Se adelantaba el Espíritu Santo a confirmar lo que más tarde diría a través del apóstol Pablo:

“Ten fe en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu familia”. (Hechos 16,31)

Hoy puedes acogerte al sacrificio redentor de Cristo y al igual que Rahab, reconocerlo como el único Dios en los cielos y en la tierra y aceptarlo como el potente reconstructor de tu vida, pues Él ha dicho:

“Con amor eterno te he amado, por eso prolongaré mi favor contigo. Volveré a edificarte y serás reedificada, virgen de Israel.” (Jeremías 31,3)

Es por lo anterior que el Señor Jesucristo vino a reconstruir nuestras vidas, no importa cual sea. Él quiere que todos seamos salvos por el poder de su nombre, por su fidelidad y amor. Él sabía por quién se estaba entregando: Por hombres y mujeres cubiertos con toda clase de pecados y que necesitaban ser limpiados. Cristo no va a despreciarte por tus pecados, precisamente fueron ellos los que lo motivaron a dejar su trono de gloria y venir a la estéril Palestina a mostrarnos el rostro misericordioso, amoroso y lleno de ternura del Padre Celestial. Él es la medicina del alma que cura todas nuestras dolencias y nos limpia de todo pecado. Así lo presentó el profeta Isaías, como ese remedio eficaz que daría la salud al género humano:

“El Espíritu del Señor Yavéh está sobre mí, porque Yavéh me ha ungido. Me ha enviado con buenas noticias para los humildes, para sanar a los corazones heridos, para anunciar a los desterrados su liberación, y a los presos su vuelta a la luz, para publicar un año feliz lleno de los favores de Yavéh, y el día del desquite de nuestro Dios.

Me envió para consolar a los que lloran, y darles a todos los afligidos de Sión, una corona en vez de ceniza, el aceite de los días alegres, en lugar de ropa de luto, cantos de felicidad, en vez de pesimismo”. (Isaías 61, 1-3).

Hay algo bien importante en este mensaje de Dios: Es para los “Humildes”. Tenemos que reconocer delante de Dios nuestra necesidad y nuestro pecado, para poder ser limpiados y perdonados. La obra redentora de Cristo Jesús no tiene cabida en el corazón autosuficiente y soberbio, los misterios de Dios sólo los comprenden los sencillos y humildes y por eso Dios a ellos se los revela:

“Por aquel tiempo Jesús exclamó: Yo te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mantenido ocultas estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a la gente sencilla. Sí, Padre, así te pareció bien”. (Mateo 11, 25)

Basta con reconocer nuestra miseria y nuestro pecado, confesárselo al Señor y Él nos liberará de nuestras cargas.

“El que oculta sus faltas no prosperará, el que las confiesa y se aparta de ellas alcanzará el perdón”. (Proverbios 28, 13)

La sangre de Cristo tiene poder suficiente para dejar nuestras rojas faltas, blancas como la lana. Cristo crucificó en él todo nuestro pecado y ahí estaba también el de la prostituta. Hoy recíbelo en tu corazón y Él te acogerá amorosamente. Él puede revestirte con ropas nuevas y devolverte la pureza, tanto de tu cuerpo como de tu alma y darte un nombre y una identidad nueva. Él derramará torrentes de agua purificadora, te purificará de todos tus contactos con los ídolos de la prostitución y te dará un corazón y un espíritu nuevo.

B. MALTRATO FÍSICO:

Continuamente me piden consejería, mujeres que llevan en sus cuerpos las huellas de los golpes y heridas provocadas por sus esposos o compañeros. La palabra de Dios nos dice:

“Maridos, amen a sus esposas como Cristo amó a su iglesia y se entregó a sí mismo por ella, la bañó y la santificó en la Palabra, mediante el bautismo de agua.

Del mismo modo los maridos deben amar a sus esposas como aman a sus propios cuerpos. El que ama a su esposa se ama a sí mismo. Y nadie jamás ha aborrecido su cuerpo; al contrario, lo alimenta y lo cuida”. (Efesios 5, 25-26. 28-29^a)



El hombre en su desvarío ha llegado a hacer cosas que Dios jamás se imaginó que haría. El límite que puso de amor fue el que tendríamos por nosotros mismos, pero el hombre definitivamente no se ama. Se autodestruye, se desprecia y menosprecia; no solamente atenta contra su propia vida, sino contra el entorno que Dios hizo para que disfrutara de él y fuera feliz con su familia. Dios pensó que el hombre nunca atentaría contra su propio cuerpo, pero se destruye con las drogas, con el alcohol y con toda clase de vicios. El pecado ha hecho que se olvide de que es templo de Espíritu Santo y que sus semejantes también lo son. Se destruyen el uno al otro y maltratan a quien es imagen y semejanza de Dios. El Creador hizo a la mujer como vaso más frágil y la puso al cuidado del hombre, entre todos los seres que había formado:

“No encontró un ser semejante a él para que lo ayudara. Entonces Yavéh hizo caer en un profundo sueño al hombre y éste se durmió. Y le sacó una de sus costillas, tapando el hueco con carne. De la costilla que Yavéh había sacado al hombre, formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces el hombre exclamó: Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”. (Génesis 2, 20b -23ª)

Cuando un hombre maltrata físicamente a su esposa, está directamente atentando contra Dios, pues cada uno de nosotros es obra de sus manos e hijos de Dios por los méritos de la sangre preciosa de Jesucristo. El maltrato físico es una prueba más del desamor que sentimos por nosotros mismos, por nuestros semejantes y por Dios.

El Señor Jesús vino a reconciliar todas las cosas con el Padre, tanto las del cielo como las de la tierra y en ese proceso esta incluida también la armonía que se perdió por el pecado. El maltrato daña no solo el cuerpo físico sino que también causa grandes heridas en el alma, heridas que sólo Jesús, con el consuelo del Espíritu Santo, puede sanar. El dulce Jesús hoy puede sanar con el bálsamo de su corazón todas las dolencias del tuyo:

“Yo, sin embargo, me apresuraré a que se restablezcan y mejoren, les devolveré la salud, y les haré gozar mucha paz y seguridad”. (Jeremías 33, 6)

El Dios y Padre del cielo tiene todo el poder para librarte de todo maltrato, de toda angustia y toda desesperación. Ante todo es nuestro Padre y un Padre protector:

“Yo, Yo soy el que te consuela. ¿Por qué tienes miedo a los hombres que mueren, a un hijo de hombre que desaparecerá como el pasto?

Muy pronto saldrá en libertad el que está postrado; no morirá, no irá a la fosa, ni le faltará mas el pan”. (Isaías 51, 12. 14)

Hoy es el día de la salvación. Toma posesión de esta promesa y hazla realidad en tu vida. Jesucristo destruye tus cadenas y te hace libre por la fuerza del Espíritu Santo.

C. VIOLACIÓN:

Miles de mujeres, incluyendo niñas, bebés, han sufrido esta clase de maltrato y sus vidas se han visto tan afectadas que no han podido ser, ni siquiera, un poquito felices. Hijas violadas por sus propios padres, familiares o amigos, o sus propios novios. Vidas de mujeres que se han convertido en pesadillas porque fueron víctimas de esta clase de maltrato, esposas abusadas por sus propios maridos, obligándolas a tener relaciones sexuales forzosas, en medio de maltratos e insultos. Mujeres que no han podido sostener una relación sexual satisfactoria con sus parejas, porque el recuerdo de estos abusos tienen atada y dañada su conciencia.

El Espíritu Santo dejó plasmado en las Sagradas Escrituras todo el dolor que este acto causó en la familia de Jacob, cuando Dina, hija de éste con su esposa Lea, fue violada por Siquem, hijo del príncipe de Siquem en Canaán. Aunque éste luego la pidió en matrimonio, los hijos de Jacob catalogaron este acto como “una infamia cometida en Israel”, y en venganza por el ultraje, asesinaron a todos los varones de esta región. (Génesis 34, 1-31)

Todos los maltratos a los que es sometida la mujer dejan grandes huellas en su corazón, pero pienso que el de la violación es de los más dolorosos y que más



marcan y destruyen la vida de una mujer. Dañan su conciencia, la relación normal con sus parejas; incluso, pueden desencadenar desvíos, aberraciones y desórdenes sexuales que la sumergen en cadenas de pecado y sufrimientos irreversibles, si no ponemos nuestra vida en las manos del Señor Jesús, nuestro Salvador y sanador.

Algunas mujeres han guardado rencor en su corazón hacia Dios, porque no las defendió de esta clase de maltrato. Él no está de acuerdo con ninguno de ellos; es el hombre quien en su libertad destruye la obra de Dios. Él es Omnipresente y nunca te ha dejado sola, cuando te violaban ahí estaba Él sintiendo tu dolor y tu humillación. Él siempre está esperando a que el hombre se arrepienta y en ese tiempo que da, suceden situaciones dolorosas que a Él mismo entristecen.

En el texto Hebreo de Éxodo 6,3, el nombre de Dios aparece como EL SHADDAI. Los Israelitas usaban este nombre para referirse al gran poder de Dios y a su ilimitada provisión para todas sus necesidades. Este Dios Todopoderoso es el que tiene el único poder para sanar las profundas heridas y traumas provocados por el acto cruel de la violación:

**“Reconstruye el Señor Jerusalén (escribe aquí tu nombre), reúne a los desterrados de Israel, sana a los corazones destrozados y venda sus heridas”.
(Salmo 147, 2-3)**

Quizás te sientas avergonzada, ultrajada, sucia y sin ningún valor, pero el Buen Jesús, con su sangre, su amor y su ternura, reconstruye tu vida, aún tu virginidad. Ser virgen no lo es tanto en la parte física, la verdadera virginidad es la condición de pureza, calidez y bondad que el Buen Dios infringe a nuestro ser, en nuestro corazón y nuestra alma, es la nobleza y pureza de corazón, es la entrega a Dios para que Él nos dirija y haga en nosotros su bendita voluntad. Mira las cualidades de la Virgen María. Ser virgen es un todo, no un complemento:

De lejos Yavéh se le apareció: “Con amor eterno te he amado, por eso prolongaré mi favor contigo. Volveré a edificarte y serás reedificada virgen de Israel. De nuevo lucirás tu belleza bailando, alegremente con tus panderetas”. (Jeremías 31, 3-5)

Dios: Tu único salvador y redentor de todas y cada una de las áreas de tu vida. Él es la vida y te la da en abundancia.

“El ladrón entra solamente a robar, a matar y a destruir. Yo, en cambio, vine para que tengan vida y sean colmados”. (San Juan 10,10)

D. DESPLAZAMIENTO:

La violencia que enfrenta nuestro país ha generado otra forma de maltrato y sufrimiento en las mujeres y es el causado por el desplazamiento. En algunos países del mundo no saben siquiera lo que es esto, pero el pan de cada día para muchas familias Colombianas, es el de tener que abandonar sus tierras, parcelas y ganados para huir de la violencia; las madres no escapan a este sufrimiento. Los medios de comunicación nos muestran diariamente a mujeres, con sus pequeños hijos huyendo del peligro y de la muerte, pequeños que no son capaces de seguir el paso apresurado de sus madres que van en veloz carrera, madres con sus hijos desnudos en brazos, llenas de terror y de miedo.

De las desplazadas tampoco se ha olvidado Dios. Por su continua idolatría, el Pueblo de Israel en muchas ocasiones se vio acosado por sus enemigos, los cuales les quitaban sus cosechas y tomaban posesión de sus hijos, sus bienes y sus tierras, pero una vez se volvían a Dios Él los consolaba y daba esperanzas de restauración a través de su Palabra:

“Cada uno podrá permanecer sentado bajo su parrón o su higuera sin que nadie lo moleste, pues así lo dice el Señor”. (Miqueas 4, 4)

“Entonces haré que me encuentren; volverán sus desterrados, que yo reuniré de todos los países y de todos los lugares adonde los arrojé. Y luego los haré volver de donde fueron desterrados. Palabra de Yavéh.” (Jeremías 29, 14)

Dios es el Amor Eterno. No hay situación de vida donde Él no pueda hacer uso de su misericordia y librarnos de todos nuestros males e iluminar nuestras oscuridades. Él es nuestra justicia, nuestra paz y nuestra defensa. En su casa tenemos protección:

“Hasta el pajarillo encuentra casa, y la alondra un nido para colocar sus polluelos: ¡Tus altares, Dios de los ejércitos, mi Rey y mi Dios! “(Salmo 84, 4)

Señor Jesús: Sé tú el refugio donde las madres desplazadas encuentren un nido seguro para colocar y arrullar a sus hijitos. Sé tú quien los alimente, consueles y protejas. Amén.



*Mujer
Viuda*

CO
DI
T
R
A
C

Mujer Viuda

“Pásame tus huérfanos, yo los cuidaré, y que tus viudas se acerquen a mí con confianza”. (Jeremías 49,11.)

El término *viuda* se aplica a la mujer a quien se le ha muerto el esposo. Las Sagradas Escrituras nos muestran que en el pueblo de Israel había muchas mujeres en este estado y que su condición era realmente triste.

La viuda llevaba un vestido especial, que, de alguna manera, mostraba la condición de tristeza de su alma y el vacío de su corazón:

“Se quitó el saco que vestía y, después de bañada, cambió sus vestidos de viuda por los de fiesta, que usaba cuando vivía su esposo Manases; se echó perfumes, se peinó y se adornó la cabeza con una cinta”. (Judit 10,3)

Ser viuda es sinónimo de vacío, desamparo, desprotección, soledad, tristeza, luto. La mujer que pierde a su esposo queda sin el apoyo de éste y por eso se ve enfrentada a una situación difícil que le genera inseguridad, temor y angustia. Se ven abocadas a buscar el sustento para sus hijos, y a asumir, incluso, en algunos casos, la dirección de los negocios de sus esposos.

La Biblia nos muestra el triste estado en que quedó la ciudad de Jerusalén después de que fue dejada en ruinas por sus enemigos y lo compara precisamente con la figura de una viuda:

“Ay, que solitaria quedó Jerusalén, la ciudad tan poblada. Como una viuda quedó la grande entre las naciones”. (Lamentaciones 1,1)

La violencia de nuestro país ha llenado los campos y las ciudades de mujeres que viven este estado de vida. Mujeres en la más completa de las soledades, desprotegidas y sin ninguna clase de apoyo; llenas de angustia y de miedos, pues muchas de ellas son mujeres que siempre dependieron económicamente de sus esposos y ahora se ven enfrentadas a un mundo que no conocen ni saben manejar, un mundo que no son capaces de dominar y terminan siendo dominadas por él.

La ley de Moisés defendía a las viudas y los profetas hablaban en contra de los que las oprimían:

“No harán daño a la viuda ni al huérfano.” (Éxodo 22,22)

“No violarás el derecho del forastero, ni del huérfano, ni tomarás en prenda las ropas de la viuda”. (Deut. 24,17b.)

“No hacen justicia al huérfano ni atienden la causa de la viuda”. (Isaías 1,23c.)

“Pobres de aquellos que dictan leyes injustas y con sus decretos organizan la opresión. Que dejan sin nada a la viuda y roban la herencia del huérfano”. (Isaías 10, 1 – 2)

“Dejen de hacer el mal y aprendan a hacer el bien. Busquen la justicia, den sus derechos al oprimido, hagan justicia al huérfano y defiendan a la viuda”. (Isaías 1,17)

“No opriman a la viuda ni al huérfano”. (Zacarías 7,10ª.)

Dios en su infinita misericordia siempre se ha preocupado por la situación de las viudas y ha prometido en su palabra brindarles su protección y ayuda. Nuestro Padre Dios no nos ha creado para luego olvidarse de sus hijos, somos muy importantes para Él y tiene cuidado de todas sus criaturas:

“Tú amas todo lo que existe y no aborreces nada de lo que has hecho; de lo contrario, ¿cómo lo habrías creado? Y ¿cómo podría durar algo si tú no lo quieres?, ¿Cómo se habría conservado lo que no hubieras llamado? Tú tienes lástima de todo: porque todas las cosas son tuyas, Señor, que amas la vida”. (Sabiduría 11,24-26)

La mujer viuda no está sola. Ya no debe ser una mujer vacía porque Cristo Jesús Nuestro Señor la ha rescatado a precio, no de oro ni de plata, sino de sangre y la puede llenar con la presencia de su Santo Espíritu. Desde siempre Dios ha tenido especial cuidado y misericordia de ellas y su palabra así lo declara:

“Hace justicia al huérfano y a la viuda, y ama al forastero, dándole pan y vestido.” (Deuteronomio 10,18)

“Da el Señor protección al forastero y mantiene a los huérfanos y viudas”. (Salmo 146,9)

“Yahvé derriba la casa de los soberbios, pero afirma los límites de la viuda”. (Proverbios 15,25)

Dios hace cosas maravillosas con sus hijos, no importa la posición, aparentemente desventajosa, en que nos encontremos. Nadie depositaría su confianza en una viuda para que sustentara a alguien tan importante como era el profeta Elías, durante el reinado de Acab, en el pueblo de Israel; pues nuestro Padre Dios lo hizo. Utilizó las manos vacías de una pobre viuda y de ellas sacó el mejor trigo para que fueran alimentados ella, su hijo y el profeta:

“Al cabo de cierto tiempo se secó el torrente, porque no había caído lluvia alguna sobre el país. Entonces habló Yavéh a Elías: Levántate, anda a Sarepta, pueblo que pertenece a los Sidonios, y permanece allí, porque he ordenado a una viuda que te dé comida.”

Se levantó, pues, y se fue a Sarepta. Al llegar a la entrada de la ciudad, vio a una viuda que recogía leña. Elías la llamó y le dijo: “Tráeme, por favor, un poco de agua en tu cántaro para beber”.

Cuando ella iba a traérselo, la llamó desde atrás: “Tráeme también un pedazo de pan.” Ella le respondió: “Por Yavéh, tu Dios, no tengo ni una torta; no me queda nada de pan, sólo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en un cántaro. Estaba recogiendo un par de palos para el fuego y ahora vuelvo a casa a preparar esto para mí y mi hijo. Cuando lo hayamos comido, no nos quedará más que esperar la muerte”.

Elías le dijo: “No temas, vete a tu casa a hacer lo que dijiste. Pero primero hazme un panecito a mí y tráemelo, y después te lo haces para ti y tu hijo. Porque así dice Yavéh Dios de Israel: “No se terminará la harina de la tinaja ni se agotará el aceite del cántaro hasta el día en que Yavéh mande la lluvia a la tierra”.

Ella se fue e hizo lo que Elías le había dicho, y tuvieron comida, ella, Elías y el hijo.

La harina de la tinaja no se agotó ni disminuyó el aceite del cántaro, según lo que había prometido Yavéh por medio de Elías.” (1º libro Reyes 17, 7-16)

No solamente en el Antiguo Testamento se nos muestra la preocupación de Dios por las viudas y lo importante que son para Él. Jesucristo en su paso por la tierra tuvo muy en cuenta a esta clase de mujeres y lo primero que hizo fue defenderlas de los abusos de los fariseos:



También en su enseñanza Jesús decía: “Cuidense de los maestros de la ley que gustan pasear con amplias vestiduras, ser saludados en las plazas y ocupar los primeros asientos en las sinagogas y en los banquetes. Incluso se tragan los bienes de las viudas mientras se amparan con largas oraciones. ¿Con qué severidad serán juzgados!”. (Marcos 12, 38-40)

También alabó los gestos de amor que salieron de su corazón:

"Jesús, sentado frente a las alcancías del templo miraba como la gente echaba dinero para el tesoro. Los ricos daban grandes limosnas. Pero también llegó una viuda pobre y echó dos moneditas de muy poco valor.

Jesús, entonces, llamó la atención de sus discípulos y les dijo: Les aseguro que esta viuda pobre ha echado más que todos ellos. Pues todos han echado dinero que les sobra; ella, en cambio, ha dado lo que había reunido con sus privaciones, eso mismo que necesitaba para vivir". (Marcos 12, 41-44)

Dios mira con gran ternura y misericordia a las mujeres viudas. El envió a su hijo para que a través de Él, contemplaran el rostro amoroso y tierno del Creador. La protección del Altísimo está sobre ellas y es su poderoso refugio en los días de angustia. Angustiada estaba también aquella viuda que todo lo que tenía era a su hijo único y cuando se encontró con Jesús lo llevaba a enterrar:

Jesús se dirigió un poco después a un pueblo llamado Naím y con Él iban sus discípulos y un pueblo numeroso. Pues bien, cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, llevaban a enterrar a un hijo único cuya madre era viuda. Una buena parte de la población seguía el funeral.

Al verla, el Señor se compadeció de ella y le dijo: “No llores.” Después se acercó hasta tocar la camilla. Los que la llevaban se detuvieron. Dijo Jesús entonces: “Joven, levántate”. Y el muerto se sentó y se puso a hablar. Y Jesús se lo devolvió a su madre. (Lucas 7, 11-15)

Quizás eres viuda y tienes a tus hijos envueltos, no en un estado de muerte natural, sino muertos en la drogadicción, el sicariato, el alcoholismo, la delincuencia, la inmoralidad sexual y toda manifestación de muerte espiritual. El Señor Jesús está presto a ayudarte. Invoca su Santo Nombre que es poderoso para salvar. Él tiene todo el poder para levantar a una vida nueva a tus hijos y hacerlos nuevas criaturas:

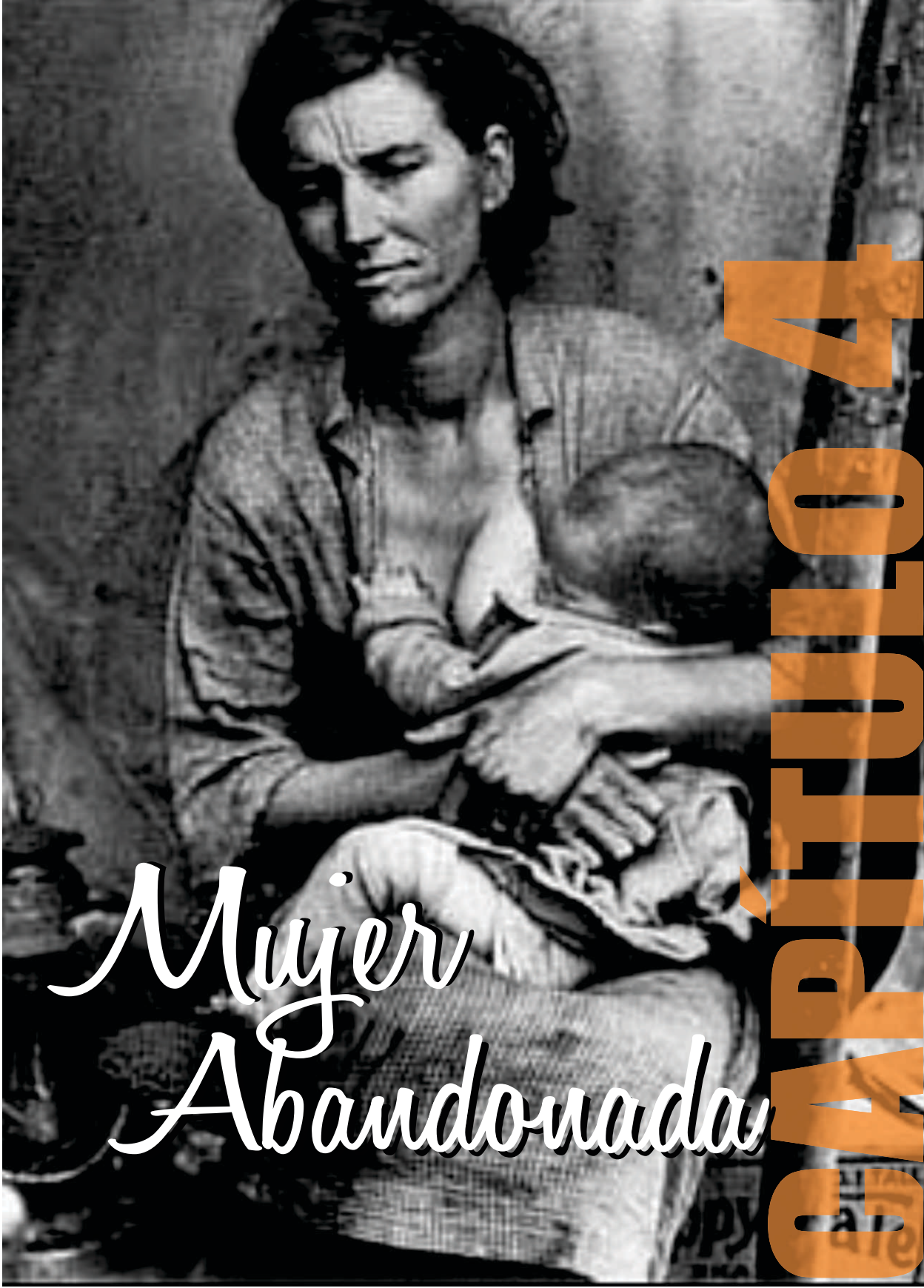
“Por esa misma razón, el que está en Cristo es una criatura nueva. Para Él lo antiguo ha pasado; un mundo nuevo ha llegado”. (2ª, Corintios 5, 17)

Pon tus hijos en las manos de Jesús y recíbelos de Él cubiertos con su gracia y libres de toda esclavitud. Él no desprecia las oraciones y lágrimas de las madres que claman por sus renuevos. Cuando los hayas recibido de sus manos, Él te dirá lo mismo: “No llores”.

Las Sagradas Escrituras nos muestran a una viuda que esperó en la promesa hecha por Dios a través de los profetas y no quiso apartarse del templo hasta que Dios no le diera la oportunidad de ver al Salvador del mundo:

“Había también una mujer de edad muy avanzada, llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Tenía ochenta y cuatro años. Después de siete años de casada había perdido muy joven a su marido, y, siendo viuda, no se apartaba del templo, sirviendo día y noche al Señor con ayunos y oraciones. Ella también tenía don de profecía. Llegando en ese mismo momento, comenzó a alabar a Dios y a hablar del niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.” (Lucas 2, 36-38)

Jesucristo es esa promesa anunciada por Dios, en la que esperó Ana y hoy es una realidad en nuestra vida. Espera y confía siempre en Él. Aunque no lo veamos o sintamos, siempre permanece a nuestro lado, dispuesto a darnos su ayuda y salvación.



Mujer Abandonada

Mujer Abandonada

CAPÍTULO 4

“No te llamarán más “Abandonada”, ni a tu tierra “Desolada”, sino que te llamarán “mi preferida” y a tu tierra “Desposada”. Porque Yavéh se complacerá en ti y tu tierra tendrá un esposo”. (Isaías 62,4)

El mundo está lleno de mujeres enfrentando una situación de abandono por parte de sus esposos, los padres de sus hijos. Lo más común en nuestro tiempo es que un hombre engendre hijos en una mujer y luego desaparezca de su vida. Mujeres que hacen el papel de madre y padre al mismo tiempo, porque no cuentan con esa cabeza de la creación que desde el principio del mundo, nuestro Padre Dios eligió para que protegiera, instruyera y diera el sustento y protección a sus hijos y a su esposa. En el padre se encarna y centra la unidad de la familia, y por eso las Sagradas Escrituras en ocasiones se refieren a la “casa paterna”.

En tiempos Antitestamentarios, el padre de familia era el encargado de enseñar a sus hijos, no sólo el oficio en el cual se desempeñaba, sino instruirlos en la ley de Dios; un padre que protegía a sus hijos, los cuidaba y alimentaba recostándolos en su pecho. De ahí que Yavéh en tantas ocasiones se mostrara a su pueblo como ese Padre amoroso en el cual podían confiar:

**“Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo”.
(2ª. Samuel 7,14)**

“Como un padre se compadece de sus hijos, así el Señor se apiada de los que lo temen”. (Salmo 103,13)

“Mas tu, Yavéh, eres nuestro Padre, nuestro Redentor; Así te hemos llamado siempre” (Isaías 63, 16 b)

“Pues he llegado a ser un Padre para Israel y Efraín es mi primogénito”. (Jeremías 31, 9b)

Cuando el pueblo de Israel se rebelaba contra Dios, él los amenazaba con abandonarlos, con alejar de ellos su rostro, pues el abandono es un estado de desolación y de tristeza, es una verdadera pérdida, la condición del alma es vacía y la vida carece de sentido.

“Así habla tu Dios: “Te había abandonado un momento, pero con inmensa piedad voy a reunir a tus hijos. Por unos instantes te oculté mi rostro, pero con amor que no tiene fin me apiado de ti”: (Isaías 54,7-8)

Cuando Dios hizo todo el plan de la creación nunca pensó en que la unión establecida por Él, entre el hombre y la mujer, llegara a romperse, esto lo confirmó nuestro Señor Jesucristo cuando los fariseos le hablaron acerca del divorcio:

“Se le acercaron unos fariseos con el ánimo de probarlo, y le preguntaron: “¿Está permitido al hombre despedir a su esposa por cualquier motivo?

Jesús respondió: “¿No han leído que el Creador en el principio los hizo hombre y mujer y dijo: El hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá con su mujer, y serán los dos uno solo? De manera que ya no son dos, sino uno solo. Pues bien, lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre”.

Pero ellos preguntaron: “Entonces, ¿por qué Moisés ordenó que se firme un certificado cuando haya divorcio?”. Jesús contestó: “porque ustedes son duros de corazón Moisés les permitió despedir a sus esposas, pero no es ésta la ley de comienzo”. (Mateo 19, 3-8)



En el corazón de nuestro Padre siempre estuvo presente que las parejas estuvieran unidas. Él mismo las bendijo y les pidió que, juntos, crecieran y se multiplicaran. Él vio que no era bueno que el hombre estuviera solo y por eso le dio el regalo de la mujer que fuera ayuda idónea para que le hiciera compañía permanentemente, pero la condición de pecado, desenfreno e irresponsabilidad, llevó a la destrucción esta hermosa institución creada por Dios:

“Porque Yavéh es testigo de que tú has sido infiel con tu esposa, a la que amabas cuando era joven. Ella, a pesar de todo, ha sido tu compañera y con ella te obliga un compromiso. ¿No ha hecho Dios, de ambos, un solo ser que tiene carne y respira? Y este ser único, ¿Qué busca sino una familia dada por Dios? No traiciones, pues, a la mujer de tu juventud.

Odio el divorcio, dice Yavéh, Dios de Israel, y al adúltero que aparenta ser un hombre bueno. Tengan pues mucho cuidado y no cometan tal traición”.
(Malaquías 2, 14-16)

Las Sagradas Escrituras tienen contenidas en sus páginas una historia que me llena de dolor siempre que la leo. Es la historia de una mujer esclava a quien el padre de su hijo la despide de su casa y ella se encuentra enfrentada a la soledad del desierto con su hijo agonizante por la sed.

“Creció el niño. El día en que dejó de ser amamantado, Abraham celebró un gran banquete. El hijo que la Egipcia Agar había dado a Abraham, se burlaba de Isaac. Sara lo vio y dijo a Abraham: “Despide a esa sirvienta con su hijo, pues el hijo de esta esclava no debe heredar con mi hijo, con Isaac.” Esto le desagradó mucho a Abraham, por ser Ismael su hijo. Pero Dios le dijo: “No te apenes por el muchacho ni por tu sirvienta. Haz todo lo que te pide Sara, porque de Isaac saldrá la descendencia que lleve tu nombre. Pero también del hijo de la Sierva haré yo un gran pueblo, por ser descendiente tuyo”.

Entonces Abraham se levantó muy temprano, tomó pan y una bolsa de cuero llena de agua y se la dio a Agar. Le puso su hijo sobre el hombro y la despidió. Ella salió y anduvo errante por el desierto de Bersebá.

Cuando no quedó nada de agua en la bolsa de cuero, dejó tirado al niño bajo un matorral y fue a sentarse al frente a la distancia de un tiro de arco, pues decía: “Al menos no veré morir a mi hijo”. Como, pues, se fuera a sentar enfrente, el niño se puso a llorar.

Mas Dios oyó los gritos del niño. El Ángel de Dios llamó del cielo a Agar y le dijo: “¿Qué tienes, Agar? No temas, porque Dios ha oído los gritos del niño desde donde está. Anda a buscar al niño, llévalo firme de la mano, porque de él haré yo un gran pueblo.”

Entonces le abrió los ojos y ella vio un pozo de agua; allí llenó la bolsa de cuero y dio de beber al niño.

Dios asistió al niño, el cual creció y vivió en el desierto llegando a ser tirador de arco”. (Génesis 21,8-20)

Aunque Abraham no quería despedir a su sierva, el real estado de ella en ese momento era el de una mujer abandonada por el padre de su hijo.

“Le puso su hijo sobre los hombros y la despidió.”

“Anduvo por el desierto de Bersebá hasta que se quedó sin agua”.

Esta ha sido la situación de la abandonada. La sequedad de la soledad y la aridez que se experimenta en el corazón cuando ya no está a nuestro lado la persona que creímos iba a llenar nuestros vacíos y nos iba a acompañar durante el resto de camino que aún nos faltaba recorrer, el desánimo y la falta de fuerza para seguir sola a donde debemos llegar. Sin la persona que amamos, sentimos ya no tener fuerzas y queremos rendirnos en nuestra tarea. Ya no hay en nuestra vasija el vino del amor y nuestro ser se queda sin risas, sin gozo, sin alegría y así... ¿para qué seguir? Lo que nos provoca es dejarlo todo y, como hizo Agar, decidir morir con nuestros hijos.

Precisamente esto fue lo que pensó hacer una mujer que fue en busca de consejería a mi comunidad. Después de convivir con su compañero por espacio de treinta años, él resolvió abandonarla con sus dos hijos. Ella no se sentía capacitada para enfrentar la soledad y el abandono y lo primero que se le ocurrió fue refugiarse en el licor, luego resolvió quitarse la vida con sus dos niños.

Cuando la vi por primera vez, se me abalanzó sumida en lágrimas y empezó a contarme su tragedia. La escuché y luego empezamos un proceso de oración y esta mujer empezó a escuchar la voz del Señor Jesús, la misma que en tiempos del Antiguo Testamento había escuchado Agar: “¿Qué haces ahí sumida en tu tristeza si yo he venido a darte vida y vida en abundancia? ¿Por qué estás esclavizada en tu dolor si yo te he enviado al Espíritu de la libertad de Dios? ¿Por qué buscas agua en pozos resacos, si soy yo la fuente de agua viva? Y el Espíritu Santo, ese consolador hermoso que nos envió el Padre, fruto de la entrada de Jesucristo a su gloria, empezó su obra santificadora: Sanar los corazones destrozados y vendar las heridas, como gloriosamente lo canta el salmo 147, 3

A veces, después de ser abandonadas, las mujeres ni siquiera alcanzan a avanzar la poca distancia que caminó Agar. En la mayoría de los casos, los esposos o compañeros no tienen la delicadeza de montar a los niños en los hombros de su compañera y mucho menos de darles un poco de agua para que calmen la sed del abandono, ellas y sus niños, mientras siguen solas su camino. Algunos, ni siquiera avisan.

Pero nuestro Dios nos ha declarado que aunque nuestro Padre y nuestra Madre nos abandonen, Él se hará cargo de nosotros y no sólo con nuestros padres, sino con cualquier persona que esté a nuestro alrededor y que se vaya de nuestro lado.

Tenemos a un protector, a un Padre y a un buen pastor que nos cuida y está pendiente de nosotros, cubriendo nuestras soledades y guardándonos al abrigo de sus alas. No estamos solas, no hay abandono para quien se refugia bajo el amparo del Todopoderoso. El Señor para este estado de vida también tiene la cura para nuestra alma:

“Pues yo voy a realizar una cosa nueva, que ya aparece. ¿No la notan? Sí, trazaré una ruta en las soledades”. (Isaías 43, 19)

ESA RUTA, ESE CAMINO ES JESUCRISTO. Él mismo se proclamó como el Camino, la Verdad y la Vida, y no hay otro nombre por el cual podamos ser SALVOS, SANOS Y LIBRES de cualquier situación, sino en Jesucristo Nuestro Señor.

“Yavéh se complacerá en Ti, y tu tierra tendrá un esposo”. Él mismo, nuestro Padre, nuestro Dios, nuestro hacedor, tiene también en su ser la plenitud del amor esponsal y en Él, estamos saciadas.

Ésta es la promesa que el Dios de Pactos nos dá:

“Ya que tú fuiste la abandonada, la odiada y desamparada, en adelante yo haré que te sientas orgullosa, y te daré alegría para siempre”. (Isaías 60, 15.)

Guárdala en tu corazón.

GETTING TOGETHER TO MAKE A DIFFERENCE

Mujer Adúltera

“Yo te desposaré para siempre. Nuestro matrimonio será santo y formal, fundado en el amor y la ternura. Tu serás para mí una esposa fiel, y así conocerás quien es Yavéh”. (Oseas 2, 21-22)

El diccionario Bíblico define el adulterio como: Relación sexual entre una persona casada y otra que no sea su cónyuge legal.

Bajo la ley de Moisés, este pecado era castigado con la muerte, ya fuese por apedreamiento o fuego. Ya que la pena de muerte sólo podía aplicarse en el caso de que la persona fuera sorprendida en el acto mismo, el cónyuge acusado tenía que someterse a ciertos procedimientos acordados para establecer su culpabilidad o inocencia. (Números 5, 11-31)

“El hombre que comete adulterio con una mujer casada, el hombre que lo comete con la mujer de su prójimo, morirá: El adúltero y la adúltera juntos”. (Levítico 20, 10)

“Si se sorprende a un hombre acostado con una mujer casada, morirán los dos, el adúltero y la adúltera. Así harás desaparecer el mal de Israel”. (Deuteronomio 22, 22)

Éste es pues, un estado que no solamente daña la institución familiar sino que va completamente en contra del plan de Dios que es salvarnos de la muerte eterna, es un pecado contra la santidad del hogar. Cuando el pueblo de Israel le era infiel al pacto que Yavéh Dios había hecho con ellos y se iba en busca de otros dioses, comparaba esta actitud precisamente con la figura de la infidelidad y el adulterio:

“Yavéh me dijo también: “Hijo de hombre, juzga a Samaria y a Judá, y échales en cara sus maldades, pues se hicieron adúlteras y se mancharon las manos con sangre, se prostituyeron con sus horribles ídolos y han llegado a sacrificarles sus hijos”. (Ezequiel 23, 36-37)

Yavéh me dirigió la palabra: “Si un hombre despide a su esposa y ella, alejándose de él, pasa a ser esposa de otro ¿Podría volver a él de nuevo? ¿No sería un escándalo para todo el país? Pues bien, tú has andado con muchos amantes ¿Y pretendes volver a mí?

Alza los ojos hacia los cerros y mira: No hay lugar en que no te hayas prostituido. (Jeremías 3, 1-2ª)

¿Cómo te voy a perdonar? Tus hijos me han abandonado tomando por dios a los que no lo son. Cuando cuidaba que nada les faltara, ellos se entregaron al adulterio. Juntos acudían a la casa de las prostitutas. Son potros satisfechos y lozanos que relinchan por la mujer de su prójimo”. (Jeremías 5, 7-8)

El libro de los Proverbios, el cual hace parte de los libros llamados Sapienciales, porque nos llama a la reflexión y a la búsqueda de la Sabiduría que viene de Dios, también advierte acerca de esta conducta, señalándola como peor que la actitud de la misma prostituta:

“Los labios de la mujer adúltera son como un panal que destila miel; su paladar más suave que el aceite; pero al fin es amarga como ajeno, mordaz como espada de dos filos”. (Prov. 5, 3-4)

“Porque la prostituta se conforma con un pedazo de pan, pero la adúltera va a la caza de una vida preciosa”. (Proverbios 6, 26)

“¿Cuánto más insensato es el adúltero? Se pierde así mismo el que llega a serlo; cosechará golpes y desprecio y su vergüenza no se borrará”. (Proverbios 6, 32-33)

¿Qué sería de nuestras vidas si nuestro Padre Dios no hubiera sacrificado a su hijo por nuestra redención? Tantas sentencias en contra nuestra por el dominio del pecado en nuestras vidas. Tanta ira santa de Dios por nuestras rebeliones. Pero su amor inmenso quiso descargar toda su ira en el Señor Jesucristo, que es Él mismo, antes que en nosotros:

“Cuando haya desahogado mi ira contra ti, se aplacarán mis celos, me calmaré, y no me volveré a enojar”. (Ezequiel 16, 42)

“Fue tratado como culpable a causa de nuestras rebeldías y aplastado por nuestros pecados. El soportó el castigo que nos trae la paz y por sus llagas hemos sido sanados.

Todos andábamos como ovejas errantes, cada cual seguía su propio camino, y Yavéh descargó sobre Él la culpa de todos nosotros.

Quiso Yavéh destrozarlo con padecimientos, y Él ofreció su vida como sacrificio por el pecado”. (Isaías 53, 5-6. 10)

Cuando nuestro Padre Dios envió a Cristo al mundo, lo mandó para que lo salvara y no para que lo condenara:

“Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo Único, para que todo el que crea en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna”. (San Juan 3, 16)

La descomposición de nuestra sociedad ha llegado a límites extremos en cuanto al manejo de la moral y la práctica de las virtudes. Con muchísima frecuencia encontramos mujeres casadas sosteniendo relaciones sexuales extramatrimoniales, y lo que es peor, no sólo con hombres sino también envueltas en relaciones de lesbianismo, olvidando los mandatos del Señor de ser Santos en toda nuestra manera de vivir.

Este lamentable estado de la mujer también fue considerado por el Espíritu Santo cuando iluminó a los escritores de los Libros Sagrados y quiso dejar plasmada en sus páginas la vivencia que tuvo Nuestro Señor Jesucristo con una mujer de esta clase:

“Los maestros de la ley y los Fariseos le trajeron una mujer que había sido sorprendida en adulterio. La colocaron en medio y le dijeron: “Maestro, han sorprendido a esta mujer en pleno adulterio. La ley de Moisés ordena que mujeres como estas mueran apedreadas. Tú ¿Qué dices? Con esto querían ponerlo en dificultades para poder acusarlo.

Jesús se inclinó y se puso a escribir en el suelo con el dedo. Como le seguían preguntando, se enderezó y dijo: “El que no tenga pecado lance la primera piedra”. Se inclinó de nuevo y siguió escribiendo en el suelo.

Y todos se fueron retirando uno a uno, comenzando por los más viejos. Y dejaron a Jesús solo con la mujer que seguía de pie en el medio. Entonces se enderezó y le dijo: “Mujer, ¿Dónde están? ¿Ninguno te ha condenado? Ella contestó: “Ninguno Señor”. Jesús le dijo: “Yo tampoco te condeno. Vete y no vuelvas a pecar en adelante”. (San Juan 8,3-11)

Definitivamente, la misericordia del Señor no tiene límite. Qué dificultad le da acusarnos. Qué incapacidad para reprocharnos nuestra conducta a través de una dura mirada de acusación o desprecio. Qué disposición para pasar por alto la ofensa como lo recomienda el Espíritu Santo a través del libro del Eclesiástico:



**“Acuérdate de la Alianza del Altísimo y pasa por alto la ofensa”.
(Eclesiástico 28, 7)**

Cuando le trajeron a esta mujer, desnuda, ni siquiera con su mirada la avergonzó, sino que se inclinó para que ella no sintiera su mirada sobre su desnudez, sobre su pecado, para que no se sintiera peor aún, con un acusador más. ¿Qué escribía mientras tanto? Nadie lo supo; pero en aquel momento era un alivio para aquella mujer un par de ojos menos que la miraran y la enfrentaran con su culpa.

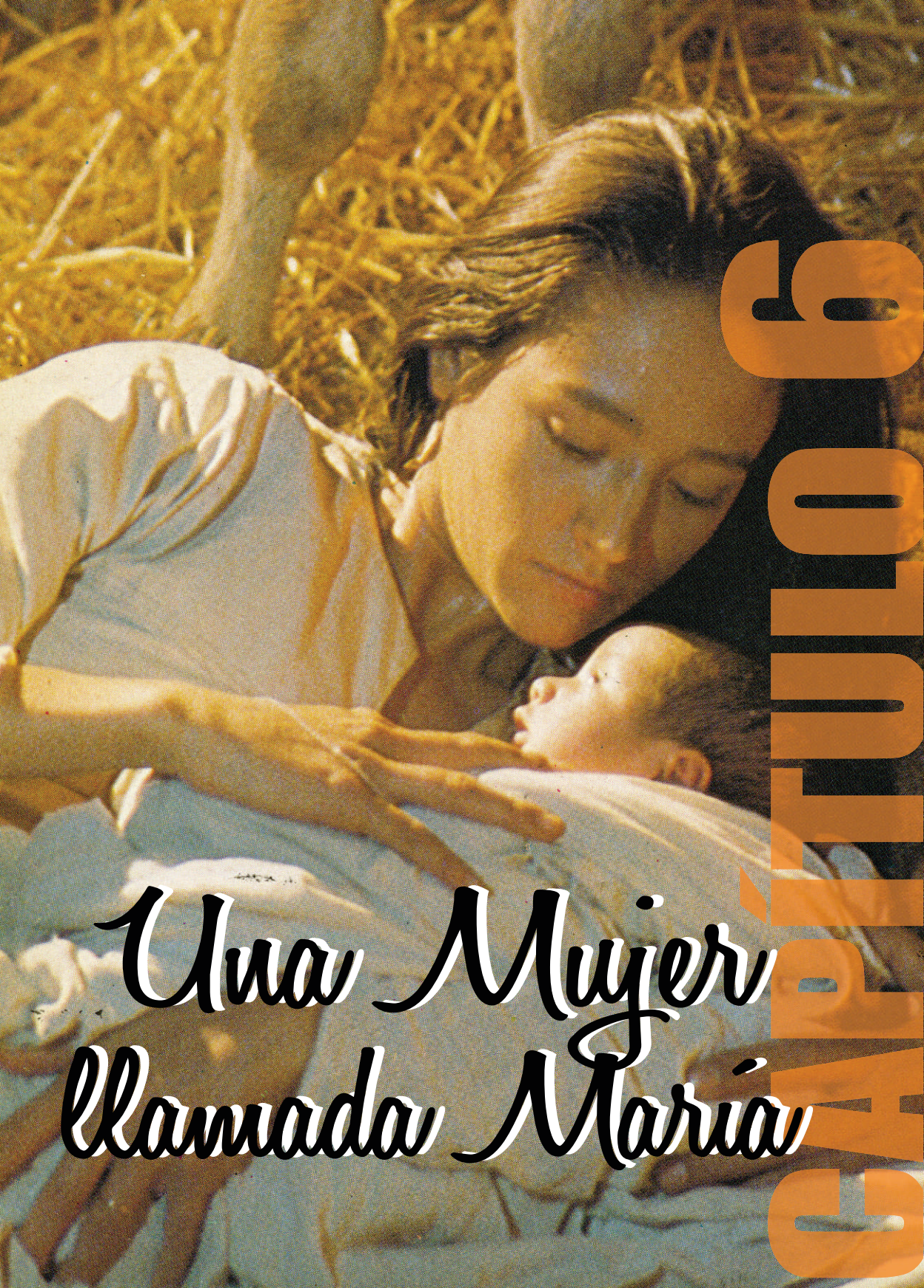
Jesucristo. Reconstructor de casas en ruinas viene también con su misericordia a sanarnos no sólo de las heridas que nos hacen los demás, sino a liberarnos de las cadenas con las que nosotros, por nuestra condición de pecado, nos hemos atado. Cualquiera que sean las causas de nuestros pecados y debilidades, el Señor tiene poder para destruirlas, a eso vino, a darnos la libertad de los hijos de Dios.

Basta con recibir a Jesucristo como nuestro Salvador y Él nos liberará de toda cadena de esclavitud, así nos lo confirma la Sagrada Escritura:

**“Entonces conocerán la Verdad, y la Verdad los hará libres”
(San Juan 8, 32)**

El mismo perdón que Jesucristo dio a aquella adúltera del Evangelio, está servido en la mesa del Maestro también para ti hoy.

**¡VEN A JESÚS, EL TE QUIERE
DAR LA VIDA ETERNA Y LA
SALVACIÓN!**



es
o
t
u
l
e
e

Una Mujer llamada María

Una Mujer llamada María

“Haré que haya enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya, ésta te pisará la cabeza mientras tú te abalanzarás sobre su talón”. (Génesis 3,15.)

María: Una mujer vista en el pueblo de Israel como una de las tantas que andaban por Nazareth. No tenía ningún distintivo especial que la mostrara como una mujer “separada” por el Padre Celestial, pues se había criado, al igual que todas las mujeres de su tiempo, bajo una ley donde dominaba el machismo y se relegaba a la mujer a un segundo plano. Al igual que en nuestro tiempo, le tocaba ver la destrucción de su pueblo, las lapidaciones, las situaciones de pobreza y escasez, los adulterios, y también las obras milagrosas que su Padre Dios manifestaba en medio de su pueblo.

La tradición nos cuenta que sus padres fueron Joaquín y Ana, que era una joven virgen y que además tenía un compromiso de matrimonio con un hombre llamado José.

María, una mujer que de acuerdo con la tradición Hebrea, se dejó instruir en las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento, reconocía y sabía del poder, de la fidelidad a sus promesas y la misericordia de Dios, al igual que lo tenía como fuente de salvación. Esto lo demuestra al expresar el hermoso himno del Magnificat:

“Proclama mi alma la grandeza del Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador.

Acogió a Israel, su siervo porque recordó su misericordia, como había prometido a nuestros padres, a Abraham y a sus descendientes para siempre”. (San Lucas 1, 46.54-55)

María, una mujer que sacó tiempo para acallar su corazón y tratar de escuchar la voz de Dios que le revelaba su bendita voluntad, y logró conocerla; abrió su corazón a Dios y se entregó a servirle y a servirlo en sus semejantes; fue valiente cuando decidió obedecer el mensaje que había recibido de Dios a través del Ángel y aceptar una maternidad que le podía ocasionar problemas y aun causarle la muerte.

Cuando iniciaba el proyecto de escribir este pequeño libro, tenía en mi corazón dos nombres para dedicarlo: A mi Madre o a mi hermana Nury. Un lunes, al medio día, entré a la oficina de la Gerencia de la empresa donde trabajo a hacer la oración del Santo Rosario, pues todos los lunes ofrezco esta oración a Dios por la santificación de las familias, y al entrar a este lugar, escuché una voz en mi interior que me dijo: “ A la Virgen María”. E inmediatamente llegó a mi corazón el proyecto del libro y supe que era el Espíritu Santo que me indicaba a quién debía dedicar este trabajo. Y Él tiene razón, pues no hay un modelo de mujer más perfecto que Dios haya puesto en el mundo para imitar. Una mujer que enfrentó y vivió, muchas de las circunstancias que hoy enfrentamos tantas mujeres y que desde la fuerza que le vino de lo alto, del Espíritu Santo, fue capaz de superar cada una de ellas:

MARÍA DESPLAZADA:

La primera vez que tuvo que dejar su pueblo, sus pertenencias, su familia, fue para ir a cumplir con el edicto del rey y hacerse empadronar. Soportó en esta ocasión el rechazo en un lugar desconocido. Caminó por todo un pueblo cargando en su vientre a quien iría a salvarlo, pero este pueblo lo rechazó en la presencia de José y María, como lo aclara el evangelista San Juan:

**“Vino a su propia casa y los suyos no lo recibieron”.
(Juan 1,11)**



Soportó el sufrimiento de tener que dar a luz a su niño en un lugar fuera de la ciudad, rodeada por animales y cubierta por el frío de la noche en Belén.

La segunda vez que María tuvo que abandonar su casa fue movida por la protección de su hijo, pues el rey Herodes buscaba al niño para matarlo, y en esta ocasión le tocó salir de noche, en compañía de José, y refugiarse en Egipto:

Después que partieron los Magos, el Ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes busca al niño para matarlo”. (Mt. 2,13-14)

Cuántas mujeres de nuestro país han vivido esta situación. Madres que tienen que abandonarlo todo porque sus hijos están amenazados de muerte. Mujeres huyendo de sus casas, de los campos, de los barrios, buscando prolongar un poco mas los días de vida de sus hijos porque, los que se creen dueños de ellos, amenazan con acortarlos.

MARÍA VIUDA:

Las Sagradas Escrituras nos muestran a una María sola, enfrentando las críticas de que era víctima su hijo cuando desarrollaba su ministerio. Era ella quien salía a acompañarlo en sus correrías por los pueblos de Palestina.

“A los tres días se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba en la fiesta.” (San Juan 2,1)

“Oye: Tu madre, tus hermanos y tus hermanas están afuera y preguntan por ti.” (San Marcos 3,32)

“Después de esto, Jesús bajó a Cafarnaún y con él su madre, sus hermanos y sus discípulos. Y permanecieron allí solamente algunos días”. (San Juan 2,12)

“Junto a la cruz de Jesús estaba su madre, y la hermana de su madre, María, esposa de Cleofás, y María de Magdala”. (San Juan 19, 25)

Y mucho menos San José es mencionado por lado alguno cuando Jesús cumplía la voluntad del Padre, entregando su vida en el calvario; y el mismo hecho de que Jesús la dejara al cuidado de su discípulo Juan, confirma que María ya no tenía a su esposo.



María, una mujer que ante todo nuestro Padre Dios la creó para ser MADRE. Creo que esta es la cualidad más grande que nuestro Padre Dios puso en la mujer y por medio de la cual somos alabanza de su nombre. Cuando hablaba de la mujer estéril decía que para Dios la vida no se limitaba a una vida física, la que se originaba dentro de un vientre, sino esencialmente, a la espiritual. Por encima de cualquier circunstancia quiso el Padre resaltar este aspecto de la mujer y cuando quiso hacernos comprender la inmensidad de su amor, lo comparó exactamente con la figura de la madre:

Y Sión decía: “Yavéh me ha abandonado y el Señor se ha olvidado de mí”

Pero, ¿Puede una mujer olvidarse del niño que cría o dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues bien, aunque alguna lo olvidase, ¡yo nunca me olvidaría de ti!”. (Isaías 49, 14-15)

Nos muestra esta palabra que a Dios no se le pasó por la mente fuera posible que una madre rechazara su hijo, no cabía en el corazón de Dios que una madre abandonara a su hijo, nos lo expresa en esta cita como algo imposible de suceder, pero al final dice: “Aunque alguna”. Esa clase de madre, la que no claudicaba, la que no se rendía ante las dificultades de la vida, la que no rechazó a su hijo y se arriesgó a todo por él, es la encarnada en la escogida María. Por eso es a Ella a quien debemos mirar.

María, modelo de mujer, de madre, de esposa. Madre sufriente que en ninguna circunstancia abandonó su papel y mucho menos dejó a un lado la misión que el Padre le había encomendado, por difícil que se hubiera tornado el camino por donde iba, camino muchas veces sembrado de espinas, abrojos, humillaciones, pobreza, rechazo, incomprensión, soledad, dolor y tantas otras cosas que a nosotras hoy nos llevan a tirarlo todo por la borda porque no somos capaces de soportarlas. Y no somos capaces de soportarlas porque no buscamos con corazón sincero a nuestro Padre Dios, porque no nos fortalecemos en la oración y no abrimos nuestro corazón a la acción del Espíritu Santo, como lo hizo Ella.

**“MUJER...
AHÍ TIENES
A TU HIJO”**



Para los romanos la crucifixión era el suplicio más cruel y horroroso de todos. Se aplicaba generalmente a los ciudadanos no Romanos por crímenes de robo, homicidio, traición o sedición. Después de haber sido condenado, el reo sufría los azotes prescritos, lo que a veces producía la muerte. Luego se le imponía el patibulum, o sea el palo transversal de la cruz y se le llevaba por las calles principales hacia un lugar fuera de la ciudad. Iba custodiado por cuatro soldados, y llevaba un título o tablilla blanca con su nombre y el delito cometido. En el lugar de ejecución el reo era desnudado por los soldados y sus vestidos se tomaban como botín. Luego de haberle atado o clavado las manos al patibulum, levantaban este con la víctima, y lo colocaban en su lugar, de manera que los pies quedaban a poca distancia de la tierra. Tanto los pies como las manos podían ser atados o, como en el caso de Jesús, clavados a la cruz. Por último, se aseguraba el título, dejando a la víctima en agonía. Esta figura para los judíos no era más que la personificación de la maldición que anuncia el Libro Sagrado:

“Si un hombre, culpable de algún delito que merece la muerte, ha sido ajusticiado y colgado de un árbol, su cuerpo no pasará la noche colgado, sino que lo enterrarás el mismo día, porque un colgado es maldición de Dios”. (Deuteronomio 21, 22-23)

Éste era el panorama que ahora divisaba María. Su hijo era una maldición viviente, sangrante, agonizante. La desnudez de su hijo estaba ahora expuesta ante las prostitutas y mujeres de mala vida que se habían convertido con el anuncio del Reino de su Padre Dios; ante todos los que un día había sanado y liberado de todos sus males, enfermedades y dolencias; ante todos los que había alimentado cuando se sintieron con hambre y andaban errantes como ovejas sin pastor; ante todos los que desde un principio lo criticaron, le tuvieron envidia y no creyeron en Él. El Profeta Isaías nos anunció que no había cometido ningún delito, pero le inventaron uno para cumplir con todos los ritos de la crucifixión: “Se hizo llamar Rey de los Judíos.”

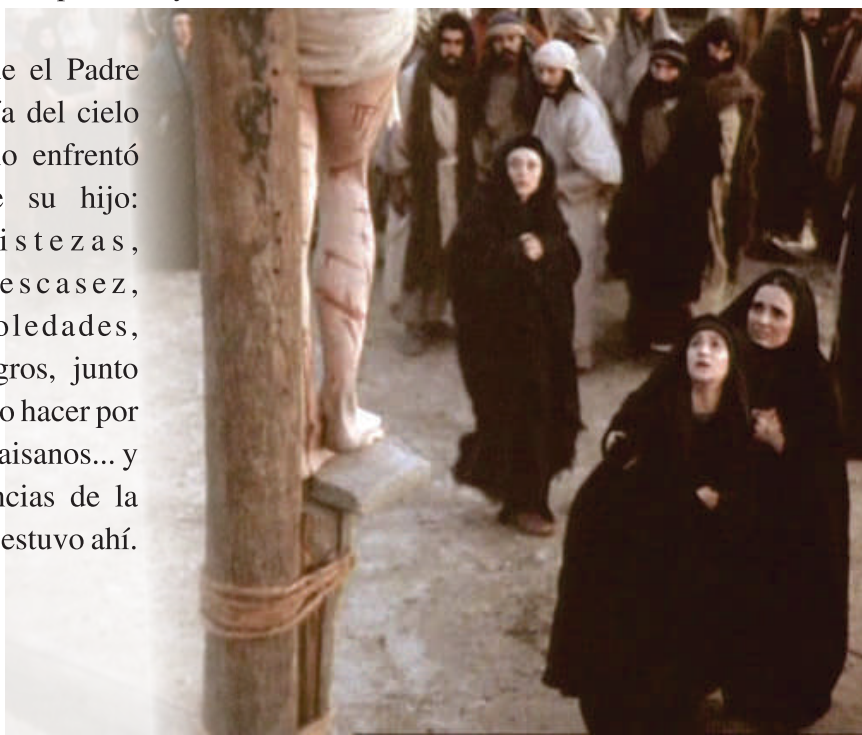
Cuando el Ángel Gabriel le anunció el nacimiento de su hijo, le dijo que Ella había hallado el favor de Dios; que su hijo sería grande y con razón lo llamarían Hijo del Dios Altísimo; Dios le daría el trono de David su Padre, gobernaría por siempre al pueblo de Jacob y su reinado no terminaría jamás.

¿Qué hacer ante esta realidad? ¿Le falló el Padre bueno y amantísimo a quien ella había confiado todo su ser y se dispuso para que Él hiciera en ella según su palabra? ¿En qué le falló Ella que la promesa no se cumplió? ¿Le faltó hacer algo?

Quizás no entendía todo en el momento pero ahí estaba ella, al pie de su hijo, cumpliendo lo que un día, a costa de su propia vida, le había prometido al Padre, que aceptaría esa maternidad apoyada en su protección y respaldada por su palabra y cuidados. Ahí estaba de pie frente a la cruz de su hijo ayudándole a llevarla con el respaldo de su presencia. La fuerza del Espíritu Santo, al igual que al profeta (Ezequiel 3,24), la hizo estar de pie frente a una situación de dolor que bien pudo echarla por tierra.

Tal vez muchas madres no tengan la fuerza suficiente para enfrentar con valentía y responsabilidad cada una de las situaciones difíciles que la vida les presenta. Muchas veces nos hemos equivocado y al hacer mal uso del poder de elección que Dios nos dio, nos vemos envueltas en situaciones que no somos capaces de sortear; pero cualquiera que sea nuestra situación, no importa cuál sea, el Señor hoy nos dice que la enfrentemos con la fuerza que Él nos da. No evadamos la responsabilidad, no nos avergoncemos por el estado en que estén nuestros hijos; Dios está con nosotras, presto a ayudarnos.

Por esa ayuda que el Padre Celestial nos envía del cielo fue que María lo enfrentó todo al lado de su hijo: Alegrías, tristezas, abundancia, escasez, vergüenzas, soledades, prodigios y milagros, junto con los que no pudo hacer por falta de fe de sus paisanos... y también las dolencias de la cruz. Ella siempre estuvo ahí. ¿Cuál es tu cruz?



Tú que has engendrado un hijo en una situación de pecado, no abortes: El Señor te dice: “Madre he ahí a tu hijo”. A ti que tienes un hijo quizás drogadicto, alcohólico, sicario, violento, no lo deseches: El Señor te dice: “Madre he ahí a tu hijo”. Pueden verte tal vez como veían a María, madre de un hombre signo de maldición, pero ella luchó y no sintió vergüenza de estar junto a Él. Con la fuerza del Espíritu Santo podemos ayudar a restaurar a nuestros hijos y liberarlos de toda esclavitud. Enfrentemos nuestra vida con toda la valentía que la enfrentó esta mujer, modelo de la humanidad. No importan los errores, no importan los desaciertos, no importan las equivocaciones, tomemos nuestra cruz, acogamos a nuestros hijos cualquiera sea la situación que vivan, invoquemos a través de la oración el auxilio de Nuestro Padre Dios, caminemos con ellos en dirección a las moradas donde nos espera Cristo Jesús en compañía de su querida Madre.

La historia de la humanidad registra numerosas historias de madres que oraron por la conversión de sus hijos y estos fueron liberados de las cadenas de pecado que los envolvían. Al igual que la Virgen María, fortalezcámonos en la oración, invoquemos la fuerza del Espíritu Santo y permanezcamos al lado de nuestros hijos, pues la fuerza de la oración tiene capacidad para romper toda cadena que los esté identificando como signo de maldición en medio de nuestro pueblo.



Mujeres alrededor de Jesucristo

100 años

Mujeres alrededor de Jesucristo

CAPÍTULO 7

“La mujer le dijo: “Señor, dame de esa agua, para que no sufra más sed, ni tenga que volver aquí a sacarla.” (San Juan 4, 15.)

Todos los seres humanos estamos en una búsqueda continua de la felicidad y en esta búsqueda recurrimos frecuentemente a pozos o cisternas que tienen apariencia de fuentes, pero que no son más que estanques pequeños que no pueden suministrarnos ese líquido vital para nuestra vida.

Nuestro Padre Yavéh le reprochó a su pueblo el hecho de que buscara agua en lugar distinto a Él, que es la fuente de la vida:

“Doble falta ha cometido mi pueblo: Me ha abandonado a mí, que soy manantial de aguas vivas, y se ha cavado pozos, pozos agrietados que no retendrán el agua”. (Jeremías 2, 13)

El Padre nos ha enviado a Jesucristo como esa fuente de donde brota el agua viva. El mismo ha dicho:

“Venga a mí el que tiene sed; el que crea en mí tendrá de beber. Pues la Escritura dice: De él saldrán ríos de agua viva”. (San Juan 7, 38)

Nuestro ser de mujer tiene sed, sed del Dios vivo y Cristo Jesús está presto a calmar nuestra sed. No hay otro nombre en el cual tengamos salvación, cualquiera que sea nuestra situación, nuestro estado de vida. Jesús es el camino, es la fuente de nuestra felicidad y en Él debemos fijar nuestra mirada.

Una vez estamos restauradas por Él, saciadas por Él, lo mínimo que podemos hacer es dedicarnos a servirle. Jesús es ese amigo que acoge a las mujeres cualquiera sea el estado de vida en que se encuentran. Las Sagradas Escrituras nos muestran su divina presencia en el hogar de Betania; nos habla de dos mujeres, Marta y María y de su hermano Lázaro, no hacen mención de los padres de este hogar, todo parece indicar que vivían solos, sin padre ni madre y que Jesús estaba al cuidado de esta familia; los acompañaba y visitaba cuando iba por esa región. Él es el protector de los huérfanos y de las viudas; Él es el Dios de la ternura; llegó a esta familia, sanó a sus mujeres y ellas se dedicaron a servirle. Igualmente puede hoy sanar la nuestra y derramar su vida abundante en nuestra pobre vida, en nuestra pobre condición. Y esto solo puede suceder si abrimos a Él nuestro corazón y nos abandonamos en sus brazos amorosos:

“Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguien escucha mi voz y me abre, entraré a su casa a comer, yo con él y él conmigo”. (Apocalipsis 3, 20)

El evangelista Lucas hace referencia a todas aquellas mujeres que acompañaban y servían a Jesús:

“Jesús iba recorriendo ciudades y aldeas, predicando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios. Lo acompañaban los doce y también algunas mujeres a las que había sanado de espíritus malos o de enfermedades: María, por sobrenombre Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cuza, administrador de Herodes; Susana, y varias otras que los atendían con sus propios recursos”. (Lucas 8, 1-3)

Jesús rompió todos los esquemas que en aquel entonces tenían relegada a la mujer: las sanó, las defendió, las perdonó, las restauró. Se compadeció de las viudas, atendió los ruegos de las angustiadas por las enfermedades de sus hijos, liberó a las cautivas por el pecado, expulsó a los demonios que las atormentaban, consoló a las que lloraban, se dejó ungir los pies por ellas y dio su vida en la cruz por su liberación. Luego de su resurrección, las eligió para que anunciaran que Él estaba vivo y había vencido la muerte.



¡Cuán importantes somos para Nuestro Señor Jesús! Él nos ama y nos necesita libres de toda opresión del mal para que seamos instrumentos de salvación. Él tiene el poder para restaurar nuestras vidas, para sacarnos de toda tiniebla y reedificar a nuestras familias.

Y como Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por siempre, la historia de nuestra Iglesia también está llena de mujeres que entregaron su vida a la causa de Dios: Mujeres casadas, solteras, religiosas, viudas, pobres, ricos, nobles y esclavas.

Al igual que la Virgen María, de todas aquellas mujeres del Evangelio, y de la historia de la Iglesia, ofrezcamos a Jesús nuestras vidas y permanezcamos a su lado. Centremos nuestra atención en lo que nos recomienda el Espíritu Santo a través del Apóstol Pedro y pongámonos en las manos de Jesús. Él es nuestro buen Pastor y a su lado nada nos faltará:

“No se preocupen tanto por lucir peinados rebuscados, collares de oro y vestidos lujosos, todas cosas exteriores, sino que más bien irradian de lo íntimo del corazón la belleza que no se pierde, es decir, un espíritu suave y tranquilo. Eso sí que es muy precioso ante Dios”. (1ª, Pedro 3, 3-4)

Y en otro aparte la Escritura dice:

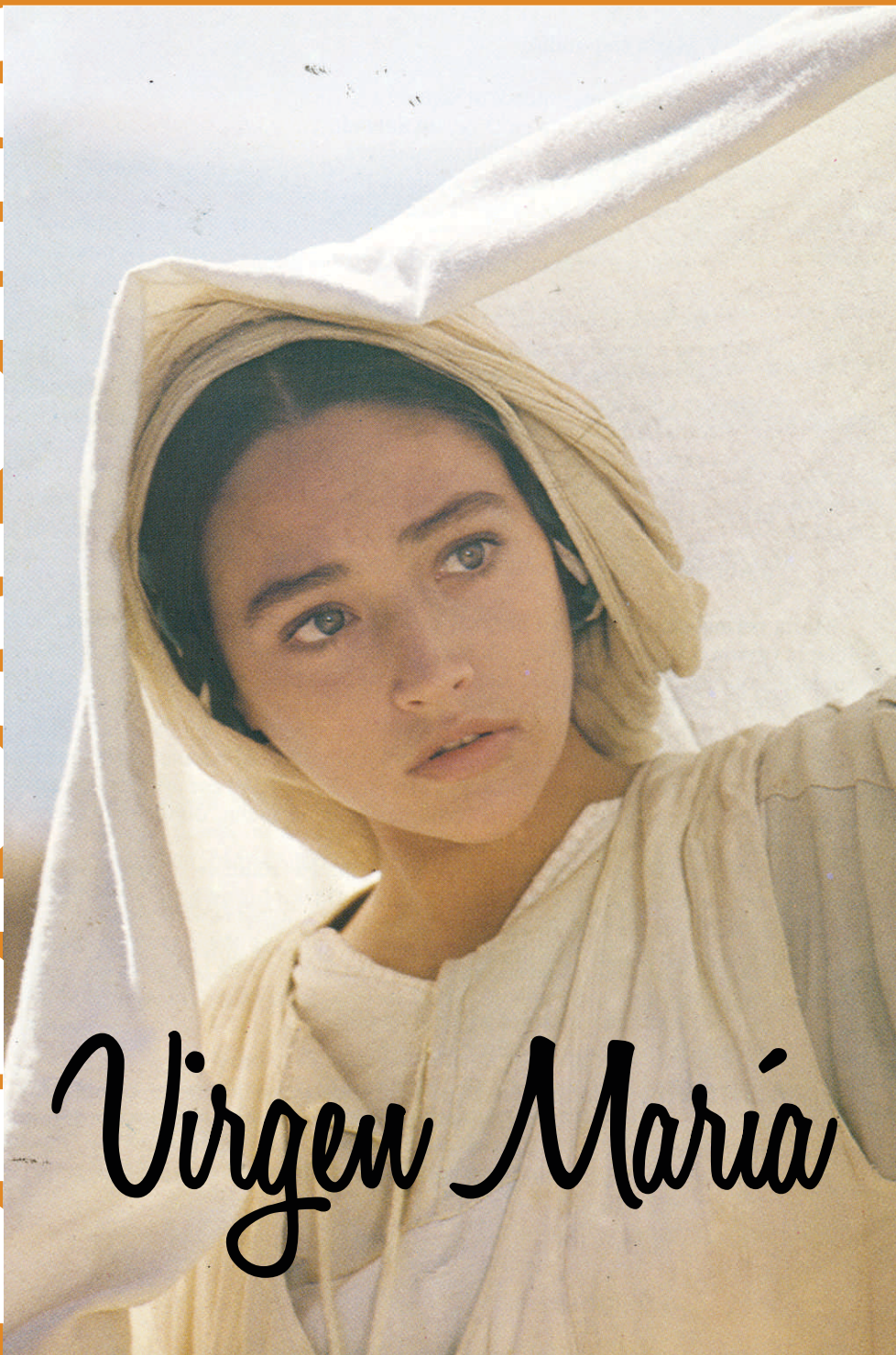
“Engañosa es la gracia, vana la hermosura; la mujer que tiene la sabiduría será la alabada”. (Proverbios 31,30)

*Yo,
Señor Jesús,
estoy aquí
para hacer
tu voluntad.*

A la Santísima

DEDICATORIA

Virgen María



AGRADECIMIENTOS

Agradecimientos

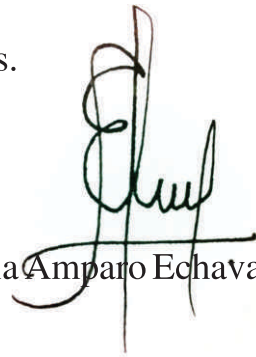


AGRADECIMIENTOS

Doy gracias infinitas a mi Padre, el Señor Yavéh, por toda la sanidad que ha traído a mi vida, por elegirme para llevar consuelo a todos los atribulados, por la sanación y la libertad que le ha dado a mi familia.

Gracias a mi familia por el apoyo y la ayuda que me brindan para que pueda ceder mi servicio al Señor. Gracias a mi hermanita Nury por todos los aportes en la realización de esta obra y porque ha sido una mujer abandonada, modelo de Madre y sierva del Señor en el campo de la intercesión. Gracias a Nany por la revisión de esta obra y a Marcelita Jaramillo quien sacó el producto final.

Gracias Dios mío por todos.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Dilia', with a large, stylized flourish extending downwards and to the right.

Dilia Amparo Echavarría

La Escritora

LA ESCRITORA



La Escritora

LA ESCRITORA

Nací el 16 de julio de 1.956 en el municipio de Gómez Plata, departamento de Antioquia, en una familia conformada por once hijos.

En 1994 conocí la Renovación Católica Carismática y fue allí donde empecé un proceso de acercamiento a DIOS y a experimentar su presencia en mi vida.

Fruto de este acercamiento el SEÑOR me ha dado la gracia de poder servirle en mis hermanos y lo hago especialmente en la oración por los enfermos y por la reconstrucción de las familias que se encuentran en dificultades en cualquiera de sus áreas. Precisamente en el desarrollo de estas tareas experimenté el sufrimiento y el maltrato de las esposas o compañeras que en algún momento buscaron de mi consejo y ayuda, motivo por el cual pedí señales al SEÑOR para escribir este libro, y Él me las dio.

Espero que sea para la gloria del DIOS ALTÍSIMO y de bendición para todas las personas que lo lean.